

CRÍMENES CÉLEBRES.

Es propiedad de los Editores.



Assassinato di Kotzebue.

CRÍMENES CÉLEBRES

POR

ALEJANDRO DUMAS.



CÁRLOS LUIS SAND.

BARCELONA.

IMPRESA DE LOS SS. A. PONS Y COMP. EDITORES

—

1841.

CÁRLOS LUIS SAND.

—

1819.

EL día 22 de marzo de 1819, á eso de las nueve de la mañana, un jóven de unos veinte y tres á veinte y cuatro años, vestido al estilo de los estudiantes alemanes, que consiste en una levita corta, con mangas de seda, un pantalon ajustado y botas no muy altas, se paró en una pequeña eminencia, situada á media hora de Kaiserthal, por el camino que va á Manheim, desde cuya cima se ve esta última ciudad, que se eleva tranquila y feliz en medio de jardines que en otro tiempo fueron murallas, que la rodean y ciñen como una guirnalda de hojas y flores. Al llegar allí, se quitó la gorra, sobre cuya visera se entrelazaban tres hojas de encina bordadas de plata, y permaneció un instante con la cabeza descubierta para aspirar el fresco airecillo que soplaba de

la parte del valle de Necker. Sus irregulares facciones causaban á primera vista una estraña impresion; pero al ver su lánguida mirada, la palidez de su rostro asaz picado de viruelas, y adornado en una negra y larga cabellera, que cayendo por las sienas le dejaba ancha y espaciosa la frente, sentíase por él una de aquellas melancólicas é inesplicables simpatías á las que uno cede sin saber como. A pesar de que era temprano, el polvo que aun cubria su calzado daba á conocer que ya habia caminado mucho; pero sin duda terminaba ya su viaje; pues dejando caer la gorra, y metiendo en el cinto su larga pipa, compañera inseparable del Bursll aleman, sacó un librito de memorias, y apuntó en él con un lapiz.—He salido de Wenhein á las cinco de la mañana, y llegado á Manheim á las nueve y cuarto : Dios me proteja! Metiose en seguida el libro en la faltriquera, quedose por un instante inmóvil, y moviendo los labios como si rezara mentalmente, levantose, tomó la gorra del suelo, y continuó con paso firme su camino.

Este jóven era Cárlos Luis Sand, que salido de Jena y habiendo pasado por Francfort y Damstadt, iba á matar á Kotzebue.

Debiendo presentar uno de esos atentados terribles, que para ser apreciados en su justo valor no tienen mas juez que la conciencia, nos permiti-

tirán nuestros lectores que ante todo les demos á conocer quien fué este hombre, que los reyes han mirado como un asesino , los jueces como un visionario , y como un mártir la moderna Alemania.

Cárlos Luis Sand , hijo menor de Godofredo Cristobal Sand , presidente y ministro de gracia y justicia del rey de Prusia , y de Dorotea Juana Wilhelmine Schafis , su muger , nació en Wonsiedel , en las montañas de Fichtel , el dia 5 de octubre de 1795. Tenia dos hermanos mayores , uno de ellos llamado Jorje , que seguia el comercio en San-Gall , y el otro Fritz , abogado en el tribunal de apelacion de Berlin , y dos hermanas Carolina y Julia , de mayor edad la primera , mas jóven la segunda.

Atacado en su niñez por viruelas muy malignas , cundiole el virus por todo el cuerpo , lacrole los costados , cebándose sobre todo en el cráneo. Durante muchos meses estuvo entre la vida y la muerte ; pero al fin venció la primera.

Con todo quedó débil y valetudinario , hasta que á la edad de siete años , una calentura cerebral volvió á poner sus dias en peligro ; pero en desquite , al abandonarle aquella fiebre , pareció llevarse consigo todos los resabios de su primera enfermedad.

Desde entonces fueron reanimándose sus

fuerzas y su salud, y pudo atender á su instrucción, pues durante el largo período de sus peligrosas enfermedades, le fué imposible pensar en ella. Empezó sus primeros estudios á los ocho años, y para igualarse á los demas, le fué necesaria una asidua aplicacion, porque sus padecimientos físicos habian retardado el desarrollo de sus facultades intelectuales.

Viendo el profesor Salfranck, hombre sabio y distinguido director del colejio de Hof, los esfuerzos que hacia el niño Sand, para vencer las dificultades de su organismo, le cobró tan viva estimacion, que habiendo sido mas tarde nombrado director del de Regensbourg, para no separarse de su discípulo, se lo llevó consigo. En aquella ciudad, y á la edad de once años, dió la primera prueba de su valor y humanidad. Paseándose un dia con sus compañeros oyó algunas voces que pedian socorro; corrió luego hácia el lugar de donde salian y vió á un niño de ocho á nueve años que acababa de caer en un estanque. A tal espectáculo Sand, sin mirar que llevaba el vestido de los dias festivos, que él apreciaba mucho, arrojose al agua, y despues de esfuerzos inauditos en un niño de su edad, logró salvar al que se estaba ahogando.

A los doce ó trece años, Sand era ya mas ágil, diestro y osado que otros de mayor edad, de

modo que á menudo se batia con los jóvenes de la ciudad y de las aldeas inmediatas. El teatro de aquellas refriegas, inocente y pálido remedo de las grandes batallas que en aquella época ensangrentaban los campos de Alemania, era ordinariamente una llanura situada entre la ciudad de Wonsiedel y la montaña de Santa Catalina, en cuya cima hay unas ruinas, de las cuales solo una torre solitaria queda en pie y en buen estado. Sand, que era uno de los campeones mas decididos, notó que su partido era derrotado muchas veces por causa de su inferioridad numérica, y á fin de equilibrarla, determinó fortificar la torre de Sta. Catalina, retirarse en ella en el próximo combate, si la suerte le era adversa. Comunicó el proyecto á sus camaradas, que lo acogieron con entusiasmo, y pasaron en consecuencia una semana entera componiendo las puertas y escaleras de la torre, y acopiando en ella todos los proyectiles de defensa. Estos preparativos se hicieron con tanto sigilo, que ningun indicio de ellos llegó á conocimiento del ejército enemigo.

Llegó el domingo, como dia de vacacion destinado á la refriega; y el bando de Sand, bien sea por la vergüenza de la derrota que últimamente habia sufrido, ó por otra causa cualquiera, presentóse mas débil que de costumbre.

Sin embargo, como tenia segura la retirada, no titubeó un momento en aceptar el combate, que duró muy poco, porque siendo menos los partidarios de Sand no podian resistir por mucho tiempo; debieron retirarse, pues, con todo el órden posible hácia la torre de Sta. Catalina, á donde llegaron sin gran pérdida. Al momento subieron algunos al terraplen, y mientras que los demas se defendian al pie de la muralla, empezaron á arrojar piedras y guijarros sobre los vencedores. Sorprendidos estos de aquel medio de defensa, empleado por primera vez, retrocedieron algunos pasos, y aprovechando aquel momento, entraron los acosados en el fuerte y cerraron la puerta.

Grande fué la admiracion de los sitiadores cuando vieron la resistencia que de improviso les oponia aquella puerta; que siempre habian visto inservible y que entonces ponía á los sitiados á cubierto de sus ataques; pero no hubo otro medio, para derribarla, que destacar á tres ó cuatro de entre ellos para que fueran á buscar instrumentos, mientras el resto del ejército tenia bloqueada la guarnicion.

Al cabo de media hora llegaron los emisarios, con palancas, azadones y un considerable refuerzo de los muchachos del pueblo, á donde habian ido á buscar los instrumentos. Dióse entonces principio al asalto, y á pesar

de que Sand y sus compañeros se defendían desesperadamente, no tardó en conocerse que sino eran socorridos, la guarnición tendría que capitular. Hubo quien propuso se echaran suertes, y que aquel á quien le tocara saliese de la torre, y despreciando el peligro, atravesase como pudiese por entre el ejército enemigo, y fuese á Wonsiedel á convocar á los demás jóvenes que se habían quedado cobardemente en la ciudad; haciéndoles presente el peligro en que se hallaban sus compañeros, y que la vergüenza de una derrota recaería sobre todos, y que triunfase de su pereza, determinándoles promover una escaramuza con el enemigo, á fin de que la guarnición pudiese arriesgarse á una salida. Adoptóse esta proposición, y Sand, sin aguardar á que la casualidad nombrara el que debía realizarla, se ofreció para llevarla á cabo; y como todos conocían su valor, destreza, y agilidad, admitieron unánimemente la propuesta, y el nuevo Decio se preparó para cumplir su promesa.

La empresa no carecía de peligro, pues que no podía salirse mas que por la puerta, en cuyo caso caía en manos de los enemigos, ó arrojarse desde un terraplen tan elevado que ni siquiera habían pensado aquéllos en custodiarlo. Subió Sand á él sin vacilar, rezó una corta oración, porque hasta en sus juegos infantiles

era religioso , y en seguida, sin temor, sin perplejidad, y con una ciega confianza en la Providencia, se tiró de una altura de veinte y dos pies.

Al momento echó á correr hácia Wonsiedel, y llegó allí á despecho de los enemigos, que enviaron en su seguimiento á sus mas ájiles corredores. Al ver los sitiados el buen éxito de su tentativa , se reanimaron y recobraron ánimo para resistir á los sitiadores, esperándolo todo de Sand , porque su elocuencia le daba grande ascendiente entre los jóvenes compañeros. En efecto, al cabo de media hora le vieron volver al frente de unos treinta muchachos de su edad , armados con hondas y ballestas. Los sitiadores que iban á ser atacados por el frente y por la espalda , conociendo la desventaja de su posicion , cedieron el campo y se retiraron, declarándose la victoria por el partido de Sand, que recibió los honores de aquella jornada.

Hemos referido los pormenores de esta anécdota, para que puedan calcular nuestros lectores por el carácter del niño , cual habia de ser mas adelante el del hombre , que luego veremos desarrollarse siempre tranquilo y elevado en los varios acontecimientos de su vida.

En aquella época fué cuando Sand se salvo de dos peligros, casi por milagro. Al pasar un dia debajo de un andamio cayóse un tiesto lle-

no de yeso y se hizo pedazos á sus pies. Otro dia, el príncipe de Coburgo que, mientras el rey de Prusia tomaba los baños de Alejandro, estaba alojado en casa de los padres de Sand, volviendo á ella en su carretela, y con los cuatro caballos al galope, sorprendió en el portal al jóven Cárlos, que no pudiendo hacerse á un lado sin esponerse á ser aplastado entre las ruedas y la pared, ni pudiendo el cochero detener á los caballos, se echó á tierra boca abajo, y el coche le pasó por encima sin que los caballos ni las ruedas le hiciesen el mas leve daño.

Desde aquel dia le miraron muchos como predestinado, diciendo que Dios velaba sobre él.

Mientras esto sucedia, la gravedad de los acontecimientos políticos que se desarrollaban al rededor del niño le hacia hombre antes de tiempo. Napoleon oprimia la Alemania cual otro Sennacherib; y Staps, que habia querido imitar á Mucio Scévola, habia muerto mártir.

Sand, se hallaba á la sazón en Hof, en el colegio de su buen profesor Salfranck, donde sabiendo que aquel á quien él miraba como el Antecristo, tenia que pasar una revista en aquella ciudad, la dejó al momento, yéndose á casa de sus padres; y como estos le preguntasen porque habia dejado el colegio: — Porque no podria encontrarme en una misma ciu-

dad con Napoleon , respondió , sin probar de matarle ; y no me siento todavía la mano bastante fuerte para ello.

Corria entonces el año 1809 ; y Sand contaba apenas catorce de edad.

La paz que se firmó en 13 de octubre , dió alguna tregua á la Alemania , y el fanático jóven pudo emprender de nuevo sus estudios , sin que sus preocupaciones políticas le distrajeran , y continuábalos aun cuando en 1811 supo que habian disuelto el colejio , poniendo en su lugar una escuela de primeras letras. El doctor Salfranck habia quedado en ella de profesor , pero con un sueldo de quinientos florines solamente , en lugar de los mil que le valia su antiguo empleo. Cárlos , que no podia permanecer en una escuela de primera educacion , donde no hubiera podido continuar la suya , escribió á su madre para anunciarle aquel contratiempo , y decirle con que tranquilidad de espíritu habia sobrellevado el anciano filósofo alemán aquel trastorno. La contestacion de la madre de Sand , bastará para dar á conocer su entereza , que jamás se desmintió , aun en medio de las mas acerbadas aflicciones ; y que va impregnada de aquel misticismo alemán de que no se tiene idea alguna fuera de Alemania.

« Mi querido Cárlos : no podias darme una noticia mas afflictiva que la del golpe que aca-

ba de herir á tu profesor y padre adoptivo : sin embargo, por terrible que sea este golpe, se resignará, no lo dudes, para dar á la virtud de sus discípulos un grande ejemplo de la sumision que todo súbdito debe al rey que Dios le ha dado. Por lo demas, ten por cierto que no hay en el mundo mejor modo de obrar que el que se encierra en este antiguo precepto : — Respetá á Dios, sé justo y no temas á nadie.

« Piensa tambien que donde la injusticia clama contra los justos, truena la voz pública y reivindica á los oprimidos.

« Mas, si contra toda probabilidad, no sucediese ahora así, si Dios quisiese someter la virtud de nuestro amigo, á esta sublime prueba, y el mundo le olvidase, la Providencia guarda tambien para estos casos supremas recompensas : todas las cosas, todos los acontecimientos que se agitan sobre nosotros y á nuestro alrededor, son resortes que una elevada mano pone en movimiento, á fin de educarnos para un mundo mejor, en el cual ocuparemos al fin nuestro verdadero lugar. Dedícate, pues, querido hijo mio, á estar continuamente sobre tí, para que no tomes una buena accion aislada por una virtud real; y para que te halle pronto á todas horas, á cumplir con lo que tu deber exija de tí. En el fondo, no hay accion que sea grande ni pequeña, considerada

aisladamente ; solo el conjunto produce la unidad del bien ó del mal .

« Por otra parte, Dios solamente pone á prueba el corazon á quien dió fortaleza ; y el modo con que me dices que tu profesor ha sobrellevado la desgracia que le ha acaecido , es un nuevo testimonio de esta grande y eterna verdad. Tómale por modelo , hijo mio , y si te ves precisado á salir de Hof para ir á Bamberg , resígnate con valor. Tres educaciones hay para el hombre: la que recibe de sus padres, la que le imponen las circunstancias , y la que él mismo se toma. Si sucediese, pues, esta desgracia, ruega á Dios que te permita completar dignamente por tí mismo esta última educacion, que es la mas importante de todas.

« Tambien te citaré el ejemplo de la vida y conducta de mi padre , de quien has oido hablar apenas , pues ya no existia cuando naciste , y cuyo carácter y semejanza has conservado tú solo entre todos tus hermanos. El malhadado incendio que redujo á cenizas la ciudad donde nació , aniquiló su fortuna y la de sus padres ; el sentimiento de haberlo perdido todo, costó la vida á su padre ; y durante seis años , mientras mi abuela yacía en un lecho de dolor, al que la tenian clavada sus horribles padecimientos , alimentó á tres niñas con el trabajo de sus manos. Entró de simple dependiente en

una de las principales casas de comercio de Ausburgo, en donde fué bien recibido por su genio íntegro aunque vivo : aprendió un oficio para el cual no habia nacido , y regresó á la casa paterna para ser el apoyo de su madre y hermanas , llevando puro y sin mancilla el corazón.

« Mucho puede el hombre que quiere : unete tus esfuerzos á mis oraciones , y deja lo demas á la voluntad de Dios. »

Cumpliose la prediccion de la puritana : poco tiempo despues el doctor Salfranck fué nombrado profesor de Richembourg , á cuyo punto le siguió Sand ; y allí le cojieron los acontecimientos de 1813 , en cuya época escribió á su madre en el mes de marzo lo siguiente :

« Con dificultad podré esplicaros , querida madre mia , cuan dichoso y sereno empiezo á vivir , desde que me es dado creer en la independencia de mi patria , que tan cercana está , segun oigo decir por todas partes ; de esta patria que con la ayuda de Dios me imagino ya de antemano ver libre y poderosa ; de esta patria , finalmente , por cuya felicidad arrostraria gustoso los mayores peligros y aun la muerte. Tened valor en esta crisis , y si por casualidad alcanzase á nuestra pobre provincia , elevad los ojos al Todopoderoso , y dirijidlos despues á la bella y rica naturaleza. La bondad de Dios

que salvó y protejió á tantos hombres durante la guerra desastrosa de treinta años , puede y quiere todavía lo que pudo y quiso entonces. En cuanto á mí , creo y espero. »

Leipsick justificó los presentimientos de Sand, y llegado el año 1814, creyó libre á la Alemania.

El dia 10 de diciembre del mismo año salia Sand de Richembourg con esta certificacion de sus profesores :

«Cárlos Sand es uno de los pocos jóvenes privilegiados que se distinguen por su talento y por las calidades de su alma á la vez. Sobrepuja á todos sus condiscípulos en aplicacion y asiduidad, con las cuales ha hecho rápidos progresos en todas las ciencias filosóficas y filológicas : únicamente en las matemáticas le faltan todavía algunos estudios que hacer. Los profesores le desean sinceramente un feliz viage.

Richembourg, 15 setiembre de 1814.

J. A. KEYN,

Rector y profesor de primera clase.

Pero los que verdaderamente habian preparado aquella tierra fértil en que los profesores sembraron la ciencia, eran los padres, y sobre todo la madre de Sand : bien lo sabia él, pues en el momento de marchar á la universidad de Tubingen, á donde iba á concluir los

estudios teológicos necesarios al estado eclesiástico que queria abrazar , les escribió :

«Confieso que os debo, como todos mis hermanos , la parte mayor y mas hermosa de mi educacion , de la cual he visto carecian casi todos los jóvenes que me rodeaban. El cielo puede solo recompensaros con la conviccion de haber llenado los deberes de padres de una manera tan noble y distinguida. »

Despues de haber visitado á su hermano en San Gall , llegó Sand á Tubigen , atraido principalmente por la reputacion de Eschenmaier, y pasó aquel invierno tranquilo y sin que le sucediese otra cosa que la de ser admitido en una sociedad de Burschen llamada la Teutonia. Llegaron despues las fiestas de pascua de 1815, y con ellas la terrible noticia de que Napoleon habia desembarcado en el golfo Juan. Toda la juventud alemana, apta para las armas, se alistó al momento bajo las banderas de 1813 y 1814 ; Sand siguió el ejemplo general, con la diferencia de que el entusiasmo de los demas era en él una resolucion tranquila y meditada.

Entonces fué cuando escribió á Wonsiedel de esta manera.

«22 de abril de 1815.

«Amados padres, hasta ahora me habeis hallado sumiso á vuestros preceptos paternales, y á los consejos de mis beneméritos maes-

tros; hasta ahora he procurado hacerme digno de la educacion que Dios me ha enviado por vuestro medio , y esforzádome en adquirir los conocimientos necesarios para predicar en mi patria la palabra del Señor. Por eso puedo en el dia de hoy notificaros el partido que he tomado , y estoy seguro que si como padres tiernos y cariñosos os tranquilizais, como padres alemanes y patriotas mas bien alabareis mi resolucion que procurareis desviarme de ella.

«La patria llama otra vez á su auxilio, y este llamamiento se dirige tambien á mí , porque ahora ya tengo fuerza y valor. Grande lucha interior tuve que sostener para resistirme cuando aquélla lanzó su primer grito en 1813 , y solo pudo detenerme la conviccion de que millares de sus hijos combatian y triunfaban por el bienestar de la Alemania , mientras que era preciso que yo viviera para el apacible estado á que estaba destinado. Ahora se trata de conservar la libertad nuevamente restablecida , y que en algunas partes ha dado ya tan ópimos frutos. El Todopoderoso nos reserva todavía esta grande prueba, que sin duda será la última : á nosotros, pues, nos toca hacer ver que somos dignos del supremo bien que nos ha hecho , y que somos capaces de conservarlo con valor y entereza.

«Nunca se habia hallado la patria en tan grande peligro como ahora; por esto los mas fuertes de la juventud alemana deben sostener á los mas débiles, para levantarse todos á un tiempo. Nuestros valientes hermanos del norte se agrupan al rededor de sus banderas. Los estados de Wurtemberg han decretado un levantamiento en masa, y de todas partes llegan voluntarios que desean morir por la patria. Yo tambien me considero obligado á pelear por ella, y por todo cuanto amo. Si no estuviera enteramente convencido de esta verdad, no os participaria esta mi resolucion; pero sé que mi familia es verdaderamente alemana, y que me miraria como un cobarde y como un hijo indigno sino obrase de este modo. Conozco toda la estension de mi sacrificio, y dueleme no poco tener que dejar mis amenos estudios, para ir á ponerme á las órdenes de hombres groseros y sin educacion; mas este sacrificio acrecienta mi valor para ir á asegurar la libertad de mis hermanos; y cuando esta libertad quede afianzada, si Dios lo permite, volveré á predicarles su palabra.

«Así, pues, me despido por algun tiempo de vosotros, dignos padres míos, de mis hermanos y de todos aquellos que me son queridos. Despues de un maduro exámen, me ha parecido lo mas conveniente, servir con los

soldados de Babiera, y por consiguiente voy á alistarme por todo el tiempo que dure la guerra, en una compañía de tiradores de aquella nacion. Adios, pues, sed felices : seguiré vuestros piadosos consejos, por muy lejos que me halle. En la nueva senda que voy á seguir espero mantenerme puro delante de Dios, y procuraré siempre marchar por la via que, apartándose de las cosas terrenales, conduce á las del cielo : ¡y quien sabe si en este camino me está reservado el supremo placer de librar á algunas almas de su caida!

«Sin cesar me rodeará vuestra imágen : sin cesar tendré al Señor ante la vista, y en el pensamiento, para poder sobrellevar con alegría las penalidades y fatigas de esta guerra santa. No me olvideis en vuestras oraciones, y Dios os enviará la esperanza de otro tiempo mejor, para que os ayude á pasar los desgraciados dias en que vivimos. Si la victoria es nuestra, pronto nos veremos; pero si fuésemos vencidos, lo que Dios no quiera, mi última voluntad, que os ruego y conjuro cumplais, es que mis dignos y queridos padres *alemanes* abandonen una tierra esclava, y vayan en busca de otra no subyugada todavía.

«¿Pero porque atormentarnos con semejantes quimeras? ¿No es justa y santa nuestra causa? ¿Dios no es justo y santo tambien? ¿Por-

que, pues, no hemos de salir vencedores? Ya veis como titubeo algunas veces; así pues, en vuestras cartas, que aguardo impaciente, compadeceadme y no azoreis mi alma, porque en todo caso, siempre nos queda la esperanza de encontrarnos en otra patria mas libre y feliz.

«Soy hasta la muerte, vuestro obediente y agradecido hijo

CARLOS SAND.

Y en posdata iban estos dos versos de Kœrner :

Quizá sobre los luceros de nuestros enemigos
Llegue á brillar la estrella de nuestra libertad.

Con esta despedida á sus padres, y entonando los himnos de Kœrner, abandonó Sand sus libros, y el día 10 de mayo apareció armado entre los cazadores voluntarios que se habian alistado al mando del mayor Falkenhausen, que estaba entonces en Manheim : allí encontró á su hermano, que se le habia anticipado, y aprendieron juntos el manejo de las armas.

A pesar de que Sand no estaba acostumbrado á grandes fatigas corporales, sobrellevó las de la campaña con una fuerza prodigiosa, reusando todos los alivios que sus gefes le ofrecian, porque no queria que nadie le aventajase en las penalidades que sufría por su patria. En las marchas, partió fraternalmente con sus camaradas cuanto poseía, ayudando á los mas

débiles llevándoles el equipage; y, soldado y sacerdote á la vez, reanimándoles con sus palabras, cuando no podia hacer otra cosa.

El día 18 de junio, á las 8 de la noche, llegaba al campo de batalla de Warteloó: el 14 de julio entraba en Paris.

En 18 de diciembre de 1815, estaban ya de vuelta en Wonsiedel Carlos Sand y su hermano, con grande júbilo de toda la familia, en cuyo seno pasó las fiestas de Navidad y de año nuevo; pero el ardor que sentia por su nueva vocacion no le permitió detenerse por mas tiempo, y el 7 de enero llegó á Erlangen.

Para recuperar entonces el tiempo perdido, determinó someter su tiempo á reglas fijas y uniformes, y escribir cada noche todo lo que hubiese hecho durante el dia. Este diario nos servirá para seguir al jóven entusiasta, no solamente en todas las acciones de su vida, sino tambien en todos los pensamientos de su alma, y en todas las perplejidades de su conciencia. En este diario se le vé de una franqueza que raya en candidez, exaltado hasta la locura, bueno para los demas hasta la debilidad, y severo para consigo propio hasta el ascetismo. Lo que mas pena le daba eran los gastos que su educacion ocasionaba á sus padres, y los inútiles y costosos le dejaban un remordimiento.

En 9 de febrero de 1816 escribía de este modo :

«Hoy es el día en que contaba ir á visitar á mis parientes. He ido por consiguiente á la casa de comercio y me he divertido mucho. N. y F. han empezado á zumbarme sobre Wonsiel, y sus chanzas han durado hasta las once. En seguida N. y F. me han instado para que les acompañase al café. Yo me he resistido bastante, pero como al fin podían creer que solo por desprecio no quería yo ir á beber un vaso de vino del Rhin con ellos, he debido ceder. Desgraciadamente no se han contentado con el Braunberger, y aun tenía el vaso medio lleno de él, cuando N. ha hecho traer una botella de Champaña. Cuando esta ha estado vacía, F. ha hecho traer otra, y aun antes de acabarla, ambos á un tiempo han pedido, á pesar mio, otra para mí. He vuelto á casa turbado, me he echado en el sofá, y quedádome dormido por espacio de una hora; despues me he acostado.

Así se ha pasado este día vergonzoso, en que no he pensado que mis dignos y bondadosos padres viven en la pobreza, en que me he dejado arrastrar por el ejemplo de los que tienen dinero, y he hecho un gasto de cuatro florines; gasto inútil y con el cual se hubiera mantenido dos días toda mi familia. Perdonad-

me, Dios mio, perdonadme, y recibid el juramento que os hago de no reincidir jamás en la misma falta. En adelante quiero vivir con mas sobriedad de la que acostumbro, para reparar en mi pobre caja mi prodigalidad, y no verme precisado á pedir dinero á mi madre antes del dia en que ella tenga á bien enviármelo.»

Al mismo tiempo que el pobre jóven se echa en cara como un crimen el haber gastado cuatro florines, fallece una viuda, prima suya, dejando tres niños en la horfandad. Corre al punto á consolar á las infelices criaturas, suplica á su madre se encargue del mas chiquitin, y alegre de la respúesta, le da las gracias en estos términos.

« Bendita seais mil veces, madre mia, por el júbilo que me habeis dado en vuestra carta, y por el afectuoso estilo en que me habla vuestro corazon. Habeis tomado bajo vuestra proteccion al niño Julio, como yo esperaba; esto me inspira hácia vos el mas profundo reconocimiento; tanto mas, cuanto que en la eterna confianza que tengo en vuestra bondad habia ya hecho en vida á mi buena prima, la promesa que vos cumplis por mí despues de su muerte.»

Por el mes de marzo tuvo una indisposicion que, sin hacerle guardar cama, le precisó á ir

á tomar los baños, situados en las herrerías de Redivitz, distantes unas tres á cuatro leguas de Wonsiodel; cabalmente se hallaba allí su madre, y se estableció con ella en la fundición; y á pesar del deseo que tenia de no interrumpir sus trabajos, el tiempo de tomar los baños, los convites, y aun los paseos que su salud exigia, alteraban la regularidad de su vida acostumbrada, y le causaban remordimientos. Así es que con fecha de 15 de abril, se leen en su diario estas palabras.

«La vida, sin un objeto elevado al cual se dirijan todos nuestros pensamientos y acciones, es vacía y desierta. El día de hoy es una prueba de esta verdad; pues si bien he estado con mi familia, y me he divertido mucho ¿como lo he pasado? comiendo continuamente, de manera que cuando he querido trabajar, no he podido hacer nada de bueno; y flojo é indeciso, me he dejado llevar esta noche á dos reuniones, y he salido de ellas en el mismo estado de antes.»

Tenia Sand, para sus correrías, un caballo de su hermano, al que queria en extremo, y á duras penas habia podido comprar; porque como ya hemos dicho, toda la familia era pobre. La nota siguiente relativa á este animal, dará una idea del candor y sencillez de Sand.

19 de abril.

«Hoy he sido muy feliz en la herrería, y he trabajado mucho al lado de mi buena madre: por la noche he vuelto á casa con mi jaco. Desde anteayer que dió un tropezon y se hi- rió en el pié, se ha vuelto espantadizo, y no quiere comer. Al principio creí que el pien- so no le gustaba, y le dí algunos pedazos de azúcar y algunas rajitas de canela, á que es muy apasionado: los gustó, pero no quiso comerlos. Parece que el pobre animalito, además del pié, tiene otro mal interior. Si por desgracia enfermaba, todo el mundo me echaría la cul- pa, aunque lo he cuidado bien. Dios mio! tú que todo lo puedes, aparta de mí esta des- gracia, y dale la salud lo mas pronto posible. Sin embargo, si está dispuesto de otro modo, y debe caer sobre nosotros esta nueva desgra- cia, procuraré sobrellevarla con valor, y co- mo en reparacion de algun pecado. Por lo de- mas, ¡ó Dios mio! pongo en vuestras manos este asunto, como pongo mi vida y mi alma.»

El dia 20 de abril escribia así:

«Dios me ha escuchado, el caballito está ya bueno.»

Las costumbres alemanas son tan diferentes de las nuestras, y son tan frecuentes las con- tradicciones en un mismo hombre mas allá del Rhin, que hemos necesitado nada menos

que de todas las citas que hemos dado hasta ahora, para dar á nuestros lectores una cabal idea de su carácter; mezcla de candidez y de razon, de debilidad y de fortaleza, de abatimiento y de entusiasmo, de pequeñeces materiales y de pensamientos elevados, que hace de Sand, un hombre incomprendible para nosotros. Continuaremos pues el retrato, porque faltan todavía algunas pinceladas.

A su vuelta á Erlangen, restablecido ya completamente, leyó por primera vez el Fausto. Admiróle al principio aquella obra y la juzgó como un estravío del genio; pero así que la hubo leído toda, volviendo á su primera impresion, escribió.

4 de mayo.

« ¡ Oh lucha espantosa del hombre y del demonio ! Solo ahora conozco , Dios mio , y siento con terror lo que Mefistoseles es en mí.

A las once de la noche he acabado de leer esta tragedia , y he sentido el demonio dentro de mí , de manera que á media noche , en medio de mi llanto y desesperacion , llegué á tener miedo de mí mismo. »

Entretanto se iba apoderando de Sand una grande melancolia , de que solo podia distraerle su deseo de purificar y moralizar á los estudiantes que le rodeaban : tarea que parecerá sobrehumana al que conozca la vida que

se hace en las universidades. Sin embargo, no desmayó Sand de ella, y sino logró tomar un grande ascendiente sobre todos, consiguió á lo menos formar á su alrededor un círculo de los mas inteligentes y aplicados. Muchas veces, en medio de sus trabajos apostólicos, le asaltaban estraños deseos de morir : parecia que se acordaba del cielo, y que sentia la necesidad de volver á él; y á aquellas tentaciones les daba el nombre de—Deseos del alma.

Sus autores favoritos eran Lessing, Schiller, Herder y Goethe; he aquí lo que escribia despues de haber leído y releído á estos dos últimos por la vigésima vez :

« El bien y el mal se confunden : las penas del jóven Werther y la seducción de Weisslingen son casi la misma historia ; pero no somos nosotros sino Dios quien debe juzgar lo bueno ó lo malo que se halla en los demas. He recapacitado mucho sobre esta idea, y me he convencido completamente de que en ninguna circunstancia se debe ir á buscar el mal en los demas, ni tenemos ningun derecho para juzgar á nadie ; únicamente sobre nosotros mismos lo tenemos para aprobar ó vituperar nuestras acciones, y con esto solo tenemos bastante que hacer.

« Hoy he sentido en mí un deseo extrema-

do de salir de esta vida y entrar en un mundo superior; pero este deseo nacia mas bien de postracion que de fuerza : era mas bien cansancio que arrojó.»

Todo el año 1816 lo pasó Sand en piadosas tentativas sobre su jóvenes compañeros , en el eterno exámen de sí mismo , y en un combate continuo contra el deseo de muerte que le perseguia. Cada dia desconfiaba mas de sí propio , y el dia 1.º de enero de 1817 escribió en su diario esta oracion :

« ¡ Dios mio ! ya que me has dado el libre alvedrio al enviarme á la tierra , concédeme la gracia de que en el año , que va á principiar , no desmaye jamas del constante cuidado que pongo en mí , y no abandone ignominiosamente el exámen que hasta aquí he hecho de mi conciencia. Dame fuerzas para redoblar , si es posible , mi vigilancia sobre mi vida , y para atenuar mas y mas la que presto á la vida de los otros. Aumenta mi voluntad y robustécela , para que pueda dominar los deseos del cuerpo , y oponerse á los extravíos del alma : dame una conciencia religiosa , y enteramente dedicada á tu celeste morada , para que siempre sea tuyo , y para que al salir de este mundo pueda volver á tí. »

No sin razon rogaba Sand á Dios para el año 1817; porque sus temores eran un pre-

sentimiento. Habia vuelto á enlutarse el cielo de Alemania, que Leipsich y Warterloo habian despejado : al despotismo colosal de Napoleon habia seguido la opresion individual de esos pequeños príncipes que constituyen la Dieta germánica , y precipitando al gigante , aquellos pueblos habian tan solo conseguido verse gobernados por pigmeos.

Entonces fué cuando se estendieron por toda la Alemania las sociedades secretas, de las cuales diremos algo , porque la historia que escribimos no es solo la de los individuos , sino tambien la de las naciones , y así procurerémos dar campo al horizonte de nuestro cuadro , siempre que se presente la ocasion.

Si consultamos la historia de esas sociedades de Alemania , de que tanto hemos oido hablar sin conocerlas , veremos que su origen parece haber sido una especie de regeneracion de aquellos célebres clubs de visionarios y de fracmasones que tanto ruido hicieron en Francia , á fines del siglo décimo octavo. En la época de la revolucion de 89 estas diversas sectas filosóficas , políticas y religiosas , aceptaron con entusiasmo la propaganda republicana, y las victorias de los primeros generales franceses fueron atribuidas mas de una vez á los secretos esfuerzos de aquellas sociedades.

Cuando Bonaparte que , segun decian , no

solo las conocia , sino que tambien habia formado parte de ellas , trocó el uniforme de general por el manto de emperador , todas aquellas sectas, mirándole como apóstata y traidor, se sublevaron contra él en el interior y le suscitaron enemigos en el extranjero; como se dirigian á las pasiones nobles y generosas, hallaron eco, y los príncipes que podian sacar partido de los resultados, las animaron un momento. Luis de Prusia, entre otros, fué gran maestro de una de aquellas sociedades.

La tentativa de asesinato de Staps, de que ya hemos dicho algo, fué uno de los truenos de aquella borrasca; pero á los dos dias llegó la paz de Viena; y la depresion del Austria completó la disolucion del antiguo estado germánico. Heridas ya de muerte aquellas sociedades en 1806, y vigiladas por la policia francesa, en vez de continuar organizándose públicamente, tuvieron que reclutar en las tinieblas.

En 1811 prendieron en Berlin á varios agentes de estas sociedades, que protegidos por las mismas autoridades prusianas, por orden reservada de la reina Luisa, les fué fácil engañar á la policia francesa sobre sus intenciones.

En el mes de febrero de 1815, los reveses sufridos por el ejército francés, reani-

maron el valor de aquellas sociedades; porque era evidente que Dios sostenía su causa; y los que con mayor entusiasmo tomaron parte en sus tentativas fueron los estudiantes. Colegios enteros se alistaban á porfia, eligiendo gefes á sus directores y maestros; y el héroe de aquella campaña fué el poeta Kerner, muerto el 18 de octubre en Leipsich.

El triunfo de este movimiento nacional, que condujo dos veces hasta Paris al ejército prusiano, compuesto casi todo de voluntarios, causó una terrible reaccion en Alemania. En cuanto se tuvo conocimiento de los tratados de 1815, todos aquellos jóvenes que, incitados por sus príncipes, se habian levantado al grito de libertad, conocieron bien pronto que no eran mas que el instrumento de que se habia servido el despotismo europeo para afianzarse mas y mas : quisieron reclamar las promesas que se les habia hecho; pero la política de Talleyrand y de Metternich se desplomó sobre ellos, y comprimiendo y sofocando las primeras palabras que pronunciaron, les obligó á encerrar su descontento y esperanzas en las universidades, que disfrutando fueros particulares, escapaban mas fácilmente á las pesquisas de los corifeos de la santa alianza; pero estas sociedades, aunque oprimidas, no dejaban por eso de existir, comunicándose entre sí

por medio de estudiantes viajeros, que, sobretesto de herborizar, recorrían la Alemania con encargos verbales; y pasando de una montaña á otra, sembraban en todas partes aquellas palabras luminosas y llenas de esperanza que apetece los pueblos y que hacen estremecer á los reyes.

Hemos visto que Sand, arrastrado por el movimiento general, habia hecho la campaña de 1816 en clase de voluntario, contando apenas entonces diez y nueve años : á su vuelta quedaron frustradas, como en los demas, sus doradas esperanzas, y desde aquella época toma su diario el carácter de misticismo y tristeza que nuestros lectores habrán notado. Bien pronto se inició en una de aquellas sociedades, la Teutonia : y desde aquel momento, considerando como de religion la grande causa que abrazaba, se esforzó en hacer á los conjurados dignos de la empresa; y de ahí dimanaban sus tentativas de moralizacion que salieron bien en algunos, pero que fueron infructuosos en la mayor parte.

Sand, no obstante, habia logrado formar á su rededor un círculo de puritanos, compuesto de unos sesenta á ochenta estudiantes, pertenecientes todos á la secta de la *Burschenschaft*, que á pesar de las burlas de la secta opuesta (la *Landmanschaft*), proseguia en la

senda religioso-política que habia emprendido. Un amigo suyo, llamado Dittmar, y él, eran casi las gefes de aquella sociedad, y aunque ninguna eleccion hubiese legitimado, la autoridad que se arrogaban, la influencia que ejercian en todas las deliberaciones, era una garantía de que en cualquiera circunstancia se seguiria ciegamente el rumbo que quisieran señalar á sus iniciados. Las reuniones de Burschen se verificaban en una pequeña colina coronada por un antiguo castillo, situada á alguna distancia de Erlangen, y á la cual Sand y Dittmar habian puesto el nombre de Rutli, en memoria del lugar en que Walter, Fürst, Melchtal y Stauffacher hicieron el juramento de libertar á su patria. Allí, bajo el pretesto de distracciones estudiantiles, reedificaban con los antiguos escombros una casa nueva, y pasaban alternativamente de la accion al símbolo y del símbolo á la accion.

Por lo demas, aquella sociedad se iba extendiendo de tal modo por toda la Alemania, que empezó á causar inquietud á los príncipes y reyes de la Confederacion germánica, y aun á las altas potencias europeas. La Francia enviaba agentes encargados de adquirir noticias; la Rusia pagaba espías en el ejército, y muchas veces las persecuciones que sufría un profesor, y que exasperaban á los estudiantes, no

tenian otro origen que una nota enviada por el gabinete de las Tullerías ó de San Petersburgo.

En medio de los acontecimientos que se iban preparando de este modo, fuè cuando Sand, despues de haberse encomendado á Dios, empezó el año 1817 las tristes disposiciones en que acabamos de verle, y que eran causadas mas bien por aversion á los hombres, que por tedio á la vida. Presa de aquella melancolía que no podia disipar, y que no tenia otro origen que sus esperanzas políticas fallidas, escribia el dia 8 de mayo en su diario :

«Me es absolutamente imposible entregarme de nuevo al trabajo, y esta indolencia, este humor hipocóndrico que con su negro velo cubre todas las cosas de mi vida, continua y aumenta á pesar del movimiento moral á que me entregué ayer.»

Al llegar las vacaciones, no queriendo ir á casa de sus padres, por no causarles dispendio ni incomodidad, prefirió viajar á pié con sus amigos. El objeto de este viaje no era todo diversion, pues que sin duda tenia su fin político; pero sea como fuere, no se encuentra en el diario de Sand durante todo el tiempo de aquella correría, mas que los nombres de las ciudades por donde pasaba. Y para dar una idea de la sumision de Sand á sus padres,

sepase que no se puso en camino antes de haber obtenido el permiso de su madre.

Á su vuelta, Sand, Dittmar y sus amigos los Barschen, encontraron su Ruttli devastada por sus enemigos los Landmenschaft. El edificio que habian construido estaba arruinado, y los restos dispersados, lo que afectó profundamente á Sand, porque lo tomó como cosa de mal agüero.

« Paréceme, Dios mio, dice en su diario, que todo flota y se arremolina al rededor de mí. Mi espíritu se ofusca cada vez mas, mis fuerzas morales se debilitan en vez de robustecerse; trabajo sin fruto, marchó hácia un fin que no puedo alcanzar, me fatigo, y nada grande puedo hacer. Los dias de la vida huyen unos tras otros: los recelos y zozobras van aumentando; en ninguna parte divisó un puerto para nuestra santa causa alemana, y me temo que al fin sucumbiremos, porque yo mismo empiezo ya á vacilar. ¡ Oh Señor y Padre! protégeme, sálvame, y condúceme á aquella tierra de que somos rechazados sin cesar por la indiferencia de las almas débiles. »

Un suceso terrible hirió en aquel tiempo á Sand en lo mas hondo de su corazon. Su amigo Dittmar se ahogó; y la mañana misma de aquel fracaso escribia en su diario :

« ¡ Dios todo poderoso! ¿ que será de mí? »

Hace catorce dias que estoy sumido en el mayor desórden , y no he podido todavía mirar fijamente al pasado ni al porvenir de mi vida. Mi diario está en blanco desde el 4 de junio , y sin embargo todos los dias he tenido ocasiones de alabaros , Dios mio ; pero mi alma desfallece. ¡ Señor ! no os aparteis de mí ; cuantos mas obstáculos se presentan , mas fortaleza he menester para vencerlos .»

Por la noche añadió estas pocas palabras á las líneas que habia escrito por la mañana :

«Desconsuelo, desesperacion y muerte sobre mi amigo, sobre mi idolatradísimo Dittmar!»

La siguiente carta que escribió á su familia contiene el relato de aquel trágico suceso.

« Ya sabeis que cuando se marcharon mis mejores amigos V , C y Z , trabé amistad con mi estimado Dittmar de Anspach ; Dittmar , esto es , un digno y verdadero alemán , un cristiano evangélico , todo un hombre en fin. Tenia una alma angelical , siempre inclinada hácia el bien , serena , religiosa y decidida : vivia en casa del profesor Granler , en un aposento junto al mio : nos queríamos , nos sosteníamos en nuestras cuitas , y hacíamos comunes el bien y el mal , de nuestra buena ó mala suerte. Ayer tarde , despues de haber trabajado en su cuarto , y de habernos alentado mutuamente contra todos los contratiempos

de la vida, en el fin que nos proponíamos, nos dirigimos á las siete de la noche á los baños de Redwitz. Una negra tempestad se preparaba en aquel momento en el cielo, aunque solo despuntaba sobre el horizonte. V., que nos acompañaba, nos propuso que volviésemos á entrar; pero Dittmar insistió, diciendo que el canal distaba tan solo algunos pasos de allí. Á lo menos Dios permitió que no fuese yo el que pronunciase aquellas palabras mortales. Continuamos pues nuestro camino; y aun me parece que veo brillar el sol en su ocaso, entre nubes moradas, con franjas de oro; porque me acuerdo de los mas nimios pormenores de aquella tarde fatal.

«Dittmar, que era el único de nosotros que sabia nadar, bajó el primero, y tomó la delantera para indicarnos la profundidad. El agua nos llegaba casi al pecho, y él, que nos guiaba, tenia agua hasta el cuello, cuando nos avisó que no pasáramos adelante, porque perdía el terreno. Al momento se puso á nadar; pero aun no estaba á diez varas de distancia, cuando habiendo llegado al parage en que el rio se separa en dos brazos, dió un grito, y queriendo tomar tierra, desapareció. Nosotros corrimos sin tardanza á la orilla, con la esperanza de que desde allí podríamos socorrerle mas fácilmente; pero no teníamos á mano pa-

los ni cuerdas , y ya os he dicho que ninguno de los dos sabíamos nadar. Entonces nos pusimos á gritar con todas nuestras fuerzas , y en el mismo instante volvió á aparecer Dittmar , y con un esfuerzo inaudito , agarró el extremo de una rama de sauce que pendia sobre el agua ; pero la rama no tenia fuerza suficiente para sostenerle , y nuestro amigo se hundió de nuevo como si le hubiera atacado una hemorrágia. Figuraos en que estado quedaríamos nosotros , que tanto le queríamos , con los ojos fijos y desencajados clavados en el rio , y procurando hender la profundidad del agua. ¡ Dios mio ! ¡ Dios mio ! ¿ como no perdimos el juicio ?

« La mucha gente que , mientras esto sucedia , habia acudido á nuestros gritos , le buscó por espacio de dos horas , con barcas y con garfios ; finalmente se logró sacar su cadáver del abismo , y ayer le acompañamos solemnemente á la mansion del eterno descanso .

« De este modo al fin de esta primavera ha empezado el estío de mi vida . Entro en él con mucha melancolia , y aquí me teneis , sino consolado , á lo menos fortalecido por la religion , que , gracias á los méritos de Jesucristo , me da la seguridad de volver á encontrar en el cielo á mi amigo , el cual me enviará desde allí la fuerza necesaria para sobrellevar las des-

gracias de esta vida. Por ahora nada se me ofrece mas que sacaros de cuidado respecto á mí.»

En lugar de reunirse las dos sectas de estudiantes por el comun sentimiento que debia causarles aquel accidente, no hizo mas que acrecentar la rabia que se tenian. Entre los primeros, que habian acudido á los gritos de Sand y de su compañero, habia un miembro de la Landmanschaft que sabia nadar; pero en lugar de socorrer á Dittmar, exclamó: —¡Alabado sea Dios! parece que vamos á quedar libres de uno de estos perros de Barschen! Á pesar de aquella manifestacion rencorosa, que, por otra parte, podia ser la de un individuo, y no del cuerpo, los Barschen convidaron á sus enemigos á los funerales de Dittmar. Una negativa brutal y la amenaza de turbar la ceremonia ultrajando el cadáver fué su única respuesta. Visto lo cual, los Barschen dieron parte á la autoridad, la cual tomó providencias, y todos los amigos de Dittmar acompañaron su cadáver con espada en mano. Al ver aquella sosegada pero resuelta demostracion, la Landmanschaft no se atrevió á realizar sus amenazas, y se contentó con insultar el cortejo con risotadas y canciones.

Sand escribió en su diario.

«La pérdida de Dittmar es muy grande para

todos, y mas particularmente para mí: él me daba el sobrante de su fuerza y de su vida: él fijaba lo vago é indeciso de mi carácter: él en fin me enseñó á no temer la tempestad que se acerca, y á saber pelear y morir.»

Algunos dias despues de las exequias, se armó una disputa sobre Dittmar, entre Sand y un antiguo amigo suyo, que se habia pasado de los Barschen á la Landmanschaft, y que al pasar el funeral se habia distinguido por su descompasada é intempestiva alegría; y de resultas quedaron convenidos en que al dia siguiente por la mañana saldrian á batirse. Aquel mismo dia escribió Sand en su diario.

17 de agosto.

«Mañana he de batirme con P. G. Bien sabes, Dios mio, que á pesar de la especie de desconfianza que su frialdad me ha inspirado siempre, fuimos amigos en otro tiempo; pero en la actualidad su odiosa conducta ha trocado mi tierna amistad en el rencor mas intenso.

«Dios mio! no apartes tu mano de ninguno de los dos; porque ambos nos batimos como hombres. Juzga solamente nuestras causas y concede la victoria á la mas justa. Sé que si me llamas á tu supremo tribunal me presentaré con el peso de una eterna maldicion; pero yo no cuento con mis méritos sino con los de nuestro Redentor.

«Pero venga lo que viniere, Dios mio, bendito y alabado seas. Amen.

«Mis queridos padres, hermanos y amigos os encomiendo á Dios.»

El dia siguiente Sand esperó, aunque en vano, por espacio de dos horas: su adversario no compareció á la cita.

Por lo demas, la pérdida de Dittmar estuvo lejos de producir en Sand el resultado que cualquiera creeria, y que él mismo parece indicar en los recuerdos y elogios que le tributa. Privado de aquella alma fuerte que era su apoyo, conoció que debia redoblar su energia para hacer menos fatal á su partido la pérdida de Dittmar. Así pues, continuó por sí solo la tarea que los dos se habian impuesto para llevar á cabo la asociacion, y la conspiracion patriótica no sufrió retardo alguno en su marcha.

Llegaron las vacaciones, y Sand dejó á Erlangen para no volver ya mas. Desde Wonsiedel tenia que irse á Iena, para continuar allí sus estudios teológicos, y despues de haber pasado algunos dias, que en su diario están notados como enteramente felices, en el seno de su familia, marchó á su nueva residencia, á la cual llegó poco antes de las fiestas de Wartburg.

Estas fiestas, que fueron instituidas para

celebrar el aniversario de la batalla de Leipsick, se celebraban con gran solemnidad en toda la Alemania; y aunque los príncipes sabían muy bien que estas fiestas eran un centro de asociación, renovado todos los años, no se atrevían á proscribirlas todavía. En efecto, la sociedad Teutónica se estableció en aquellas fiestas, y se inscribieron en ella mas de dos mil diputados de varias universidades de Alemania. Aquel fué un día de regocijo para Sand; porque entre sus nuevos amigos, encontró á muchos de sus antiguos camaradas.

Pero el gobierno que no se habia atrevido á atacar aquella asociación con la fuerza, resolvió minarla con el pensamiento. M. de Staurén publicó un terrible manifiesto contra las sociedades, el cual, segun dicen, habia sido redactado con los datos que habia suministrado Kotzebue. Aquel folleto, que tuvo mucho eco, no solamente en Iena, sino en toda la Alemania, fué el primer tiro asestado contra la libertad de los estudiantes. He aquí lo que, sobre este acontecimiento, dice Sand en su diario.

24 de noviembre.

« Hoy, despues de haber trabajado con mucho esmero y asiduidad, he salido de casa con E. á las cuatro de la tarde; y al atravesar la plaza del mercado hemos oido leer el nuevo y emponzoñado insulto de Kotzebue. ¿Que ra-

bia se ha apoderado de este hombre contra los Barschen, y contra todo el que es adicto á la Alemania?»

En estos términos, y por la vez primera, presenta el diario de Sand el apellido del hombre que, diez y ocho meses despues, habia de asesinar.

El 29 por la noche, Sand escribia de este modo.

«Mañana salgo de aquí, y voy á hacer una romería á Wonsiedel. Allí encontraré á mi madre con sus sentimientos elevados, y á mi tierna hermana Julia : aquella tierra me refrescará la cabeza, y dará calor á mi alma. Asistiré probablemente al enlace de mi buen Fritz y Luisa, y al bautizo del primer hijo de mi amado Durchmuth. ¡Oh Dios y Padre mio! acompáñame en la senda de la alegría, como me has acompañado en el camino del dolor.»

Efectivamente, aquel viaje divirtió mucho á Sand, cuyos accesos de hipocondría habian desaparecido desde la muerte de Dittmar. Sand podia morir mientras Dittmar vivia; pero muerto Dittmar, era preciso vivir.

El 11 de diciembre salió de Wonsiedel para volver á Iena, y el 31 del mismo mes escribió en su diario esta plegaria :

«Oh Señor misericordioso! he empezado este año en la oracion, y ahora me encuentro

distraído y mal preparado. Al mirar lo pasado veo , ¡ay de mí! que nada he mejorado ; pero me interné mas en la vida , y siento que al presentarse la ocasion tendré fuerza suficiente para obrar.

« A tí lo debo , Señor , que has estado siempre conmigo , aun cuando yo no estaba contigo. »

Si nuestros lectores han ido siguiendo con atencion los varios extractos del diario que les hemos puesto á la vista , habrán ya notado que la resolucion de Sand se robustecia , al paso que sus ideas se iban exaltando. Se conoce que al entrar en el año 1818, su mirada , por mucho tiempo temerosa y vaga , abraza ya un horizonte mas vasto , y se fija en un objeto mas noble. Ya no es solo la modesta vida de sacerdote lo que ambiciona , ni tampoco la reducida influencia que pudiera ejercer en una parroquia , y que , en su modestia juvenil , le habia parecido el colmo de la dicha , sino que , en sus planes gigantescos de regeneracion política , abarca á su amada patria , á la Alemania entera , á la humanidad toda. Así es que , en la primera hoja de su diario del año 1818, escribia :

« Señor , déjame afianzar en la idea que he concebido de la emancipacion de la humanidad , alcanzada por el santo sacrificio de tu hi-

jo. Haz que sea yo el Cristo de la Alemania, y que como Jesus, sea fuerte y sufrido en el dolor.»

Entretanto los folletos anti-republicanos de Kotzebue iban multiplicándose, y tomaban un fatal ascendiente en el ánimo de los gobernantes. Casi todas las personas atacadas en aquellos papeluchos, eran gente conocida y estimada en Iena. Fácil es de calcular el efecto que aquellos insultos producirían en las cabezas jóvenes y en aquellos nobles pechos, que llevaban la convicción hasta la ceguera, y el entusiasmo hasta el fanatismo.

El 5 de mayo escribía Sand en su diario :
 « Señor, ¿ que viene esta melancólica ansiedad que se ha vuelto á apoderar de mí? pero todo lo vence una voluntad firme y constante, y la idea de la patria da alegría y valor á los mas débiles y abatidos. Cuanto mas reflexiono, mas me admiro que no haya entre nosotros un hombre bastante decidido para hundir un puñal en el pecho de Kotzebue, y de cualquiera otro traidor. »

Dominado siempre por el mismo pensamiento, el 18 de mayo continua de este modo.

« ¿Qué es un hombre en comparacion de un pueblo? es lo que la unidad comparada con millares de millones; lo que un minuto al lado de un siglo. El hombre á quien nada ha

precedido y del que nada queda, nace, vive y muere en un tiempo mas ó menos largo; pero que, respecto á la eternidad, equivale apenas á la duracion de un relámpago. Un pueblo al contrario, es inmortal.»

Sin embargo, en medio de estos pensamientos, que llevan el sello del fatalismo político que le arrastra á la sangrienta obra, aparece de cuando en cuando el jóven franco y jovial.

El 24 de junio escribió á su madre :

« He recibido vuestra larga y deseada carta, juntamente con el atado tan completo y selecto que me mandais. Al ver este hermoso lienzo, me he alegrado como un niño. Estos son nuevos beneficios de que os soy deudor: mis ruegos nunca han sido desoidos, y continuamente tengo motivos para quedar agradecido á vos y á Dios. He recibido á la vez camisas, cuatro sábanas, un regalo de vuestra mano, varias obras de Julia y Carolina, con muchos dulces y golosinas, de modo que aun estoy saltando de alegría, y he dado tres vueltas sobre los talones al abrir el pequeño lio. Recibid las gracias que os doy de todo mi corazon, y sed partícipe, como dadora, de la alegría que siento.

« Con todo, es hoy un dia harto triste, es el último de la primavera, aniversario del en que perdí á mi noble amigo Dittmar. Mil diversos

y confusos sentimientos me agitan; pero en mí no quedan ya mas que dos pasiones, que, cual dos columnas de bronce, sostienen este caos : el sentimiento de Dios, y el amor á mi país.»

En todo este tiempo, la existencia de Sand queda, al parecer, igual y tranquila. La borrasca interior se ha apaciguado; dase el parabien de su aplicacion al trabajo y de su buen humor, aunque algunas veces se queja de sí mismo por su inclinacion á los dulces; inclinacion que no siempre puede dominar, y en este caso se da, en su despecho y despreciándose á sí mismo, el nombre de panza de bigos, ó de miel.

Luego, en medio de todo esto, continua su exaltacion político-religiosa. Hace con sus amigos un viaje de propaganda á Leipsick, á Wittemberg y á Berlin, y visita todos los campos de batalla que lindan con el camino que sigue. El 18 de octubre está de vuelta en Iena, donde prosigue de nuevo sus estudios con mas ardor que nunca. Mientras se halla en estos trabajos universitarios, espira el año 1818, y apenas se pudiera creer la terrible resolucion que tomó, si no se leyera en su diario esta última nota, con fecha del 31 de diciembre:

«Acabo el último dia de este año en una seria y solemne disposicion. He decidido que el

dia de Navidad, que acaba de pasar, sea el último que yo celebre. Si nuestros esfuerzos han de servir para algo, si la causá de la humanidad ha de quedar triunfante en nuestra patria; si en esta época sin fé, pueden renacer y hallar cabida algunos sentimientos generosos, ha de ser cuando caiga el miserable, el traidor, el seductor de la juventud, el infame Kotzebue. Estoy plenamente convencido de ello, y no sosegaré hasta que haya llenado el deber que me he impuesto. Señor, tú sabes que he consagrado mi vida entera á esta grande empresa ahora que ha llegado el momento, solo te pido la firmeza y valor necesarios para llevarla á cabo. »

Aquí finaliza el diario de Sand; y como lo habia escrito para afianzarse en sus ideas, no lo necesitaba mas porque ya habia conseguido su objeto. En adelante solo le ocupó aquella idea y siguió madurando en su interior el plan que habia formado para familiarizarse con su ejecucion; pero ninguna de las impresiones que nacia de este pensamiento se manifestaba al exterior. Era el mismo para todos los que le conocian. Unicamente hacia algun tiempo que se notaba en él una serenidad perfecta é igual, acompañada de cierto apego á la vida. Ningun cambio se habia efectuado en las horas y duracion de sus lecciones; solamente se vió que

asistía con mucha asiduidad al curso de anatomía. Un día se notó que ponía mas atención que de costumbre , á una lección en que el profesor esplicaba las diferentes funciones del corazón ; examinó con el mayor cuidado el lugar que ocupaba en el pecho , haciéndose explicar algunas cosas por dos ó tres veces , é interrogando todavía , al salir , á algunos jóvenes que cursaban medicina , sobre la delicadeza de este órgano , que no puede ser herido sin causar la muerte , por leve que sea la herida. Todo esto lo hacia con una indiferencia y serenidad tan perfectas , que ninguno de los que le rodeaban concibió la mas mínima sospecha.

Otro día , un amigo suyo , A. S. , entró en su cuarto : Sand le habia oído subir y le esperaba en pié recostado contra una mesa , con un cuchillo de cortar papel en la mano. Al momento que se presenta se precipita Sand sobre él , le hiere ligeramente en la frente , y al levantar las manos á fin de parar el golpe , le asesta otro mas violento en el pecho. Y contento , al parecer , de su prueba.

—Mira , le dice Sand , cuando se quiere matar á un hombre se hace del modo siguiente : se dirige el puñal al rostro , y al levantar las manos , se le hunde en el corazón.

Mucho se rieron ambos jóvenes de aquella

demostracion de asesino , y por la tarde A. S. lo contó en el café como una de las rarezas de su amigo. Aquella se esplicó mas tarde por si misma.

Llegó el mes de marzo y Sand se volvia mas amable , mas afectuoso y mejor cada dia. Se hubiera dicho que al abandonar á sus amigos para siempre , queria dejarles un recuerdo indeleble. Finalmente anunció que iba á emprender un corto viaje para arreglar algunos negocios de familia , é hizo los preparativos con el cuidado que acostumbraba ; pero con una serenidad mayor de la que jamás se habia advertido en él. Hasta entonces habia continuado trabajando , sin perder un instante como lo tenia de costumbre, porque era muy posible que Kotzebue muriese ó fuese asesinado antes del dia que él habia fijado, y en tal caso no queria haber desperdiciado el tiempo.

El 7 de marzo convidó Sand á todos sus amigos á pasar la velada en su casa , y les notificó que iba á partir el dia siguiente. Entonces le dijeron todos que le acompañarian algunas leguas ; pero lo rehusó, porque temia que aquella demostracion , aunque inocente , les comprometiese mas adelante. Salió pues solo , y para alejar toda sospecha , realquiló antes su habitacion por un semestre y tomó el camino de Erfurth é Isenach , para pasar á Warzburg.

De allí se dirigió á Francfort donde durmió el 17, y al día siguiente continuó su marcha para Darmstadt. Finalmente á las nueve de la mañana del día 25 llegó á la pequeña colina en donde le hemos encontrado al principio de esta narracion. En todo el camino aquel jóven á quien no se podia ver sin amarle, habia permanecido siempre placentero.

Al llegar á Manheim se alojó en Weinberg y se hizo inscribir en el registro de viajeros con el nombre de Enrique. Informosé al punto de la habitacion de Kotzebue, y supo que estaba junto á la iglesia de los jesuitas. Su casa formaba esquina, y aunque no le supieron decir precisamente el número, no se podia equivocar.

Inmediatamente se dirigió á casa de Kotzebue. Serian las diez de la mañana, y le dijeron que el consejero salia todos los dias á dar un paseo por una arboleda del parque de Manheim. Se informó del camino que conducia á ella, y del trage del consejero; porque, como nunca le habia visto, solo por las señas podia reconocerle. Quiso la suerte que Kotzebue fuese por otro lado, y Sand se paseó por el parque durante una hora sin dar coa él, y no viendo hombre alguno á quien cuadrasen las señas que le habian dado, volvió á casa de Kotzebue, que llegado ya, estaba almorzando y no podia recibirle.

Volvió Sand á Weinberg, y se sentó á la mesa de los viajeros, donde comió tan tranquilo y alegre, que llamó la atención de todos por su conversacion á la vez jovial, sencilla y animada. A las cinco de la tarde volvió otra vez á casa, de Kotzebue, que aquel día daba un gran banquete, y habia dejado la órden de que recibiesen á Sand, al cual hicieron pasar á un gabinete que habia en la antesala, y al cabo de pocos momentos se le presentó Kotzebue.

Entonces repitió Sand la accion que habia ensayado en su amigo A. S. Dirigióse al rostro de Kotzebue; pero al levantar este las manos para detener el golpe, dejó el pecho descubierto, y Sand hundió en él su puñal. Lanzó Kotzebue no mas que un grito, y fué bamboleando hasta caerse muerto detras de un sofá.

Al oír aquel grito acudió una niña de seis años, una de aquellas encantadoras niñas de Alemania, con un rostro de ángel, de ojos azules y de undosa y flotante cabellera, que se arrojó sobre el cuerpo de Kotzebue, llamando á su padre con unos gritos que partían el corazón. Sand, que se habia quedado en pie en el dintel de la puerta, no pudiendo soportar aquel espectáculo, se hundió en el pecho toda la hoja del puñal, manchado todavía con la sangre de Kotzebue.

Viendo entonces con admiración que, á pesar de la espantosa herida que acababa de hacerse no sentia venir la muerte, y no queriendo caer vivo en manos de los criados, se precipitó hácia la escalera. En aquel momento entraban los convidados, los cuales, viendo un jóven pálido, ensangrentado y con un puñal clavado en el pecho, le abrieron paso en lugar de detenerle. Sand pudo así alcanzar la escalera, y llegó á la puerta de la calle en el momento en que pasaba una patrulla que iba á relevar los centinelas del castillo; y figurándose que esta patrulla venia llamada por las voces que le perseguian, se puso de rodillas en medio de la calle, diciendo: Padre mio, recibe mi alma;—y arrancándose el cuchillo de la herida se lo clavó segunda vez, y cayó desmayado.

En este estado fué llevado al hospital, y custodiado severamente. A pesar de que las heridas eran graves, no fueron mortales, gracias á la habilidad de los cirujanos. Una de ellas se cicatrizó luego; pero la otra, por haber penetrado el acero entre las dos pleuras, costal y pulmonar, y habido un derrámen entre las dos hojas, tuvo que mantenerse abierta para sacarle la sangre todas las mañanas con una geringa, como se practica en la operacion del empiema. A pesar de tantos cuidados, es-

tuvo Sand durante tres meses en grandísimo peligro.

El 26 de marzo, día en que llegó á Iena la noticia del asesinato de Kotzebue, se abrió por orden de la justicia la habitacion de Sand, y se encontraron dos cartas : una dirigida á sus amigos de la Burschenschaft, en la que les declaraba que se separaba de la sociedad, porque no queria que tuviesen por hermano á un hombre que iba á morir en el cadalso.

La otra que tenia este sobre : « A mis amigos mas íntimos y queridos, » era una relacion exacta de cuanto iba á hacer, y de los motivos que le determinaban á ello. Aunque un tanto larga, es tan solemne y auténtica esta carta, que no vacilamos en ponerla íntegra á la vista del lector.

« A todos los míos. »

« Amigos leales y siempre queridos :

« ¿ Porque he de aumentar su sentimiento, decia yo, y dudaba en escribiros ; pero la rectitud de vuestro corazon se hubiera resentido de mi silencio ; y cuanto mas profundo es el dolor, mas necesita, para disiparse, apurar primero hasta las heces la hiel de su cáliz. Sal pues de mi angustiado pecho ;—sal cruel y prolongado tormento de una conversacion postrema, que sin embargo cuando es sincera, puede dulcificar el dolor de la partida !

«Con esta carta recibireis la última despedida de vuestro hijo y hermano.

«La mayor desgracia para un corazón generoso es ver entorpecida en su marcha y por culpa nuestra, la causa de Dios; y sería la mayor infamia permitir que todo lo que á tanta costa han adquirido millares de hombres, y por lo que otros tantos se han sacrificado con placer, no sea mas que un sueño pasajero sin consecuencias reales y positivas. En el santo año de 1813 empezó con un valor inspirado por Dios, la resurrección de nuestra vida alemana; pero el edificio de nuestros padres se conmueve hasta los cimientos. ¡Adelante! reconstruyámoslo otra vez tal como debe ser: digno templo del verdadero Dios.

«Los que se resisten, y que, como un dique, quieren detener el torrente del progreso en el pueblo alemán, son en corto número. ¿Deberá la grande masa de la nación someterse al yugo de una perversa minoría? ¿Debemos caer, apenas curados, en un mal peor que el que acabamos de vencer?

«Muchos de estos corruptores, entre los cuales se halla Kotzebue, el mas diestro y el peor de todos; verdadera máquina de palabras, que vomita cuantos discursos detestables y consejos perniciosos aparecen, intentan estraviarnos. La voz de Kotzebue calma

habilmente el enojo y la amargura que las mas injustas medidas podrian inspirarnos, y es tal cual la necesitan los reyes para sumirnos en aquel sueño letárgico que es la muerte de los pueblos. Cada dia hace inicuaamente traicion á su patria, y á pesar de esto continua siendo el ídolo de la mitad de la Alemania, que deslumbrada por el brillo seductor de su reputacion poética, acepta sin resistencia el veneno que derrama en sus inmundos folletos. Á imitacion suya, los príncipes alemanes, olvidando sus promesas, sofocarán la libertad y la virtud; y si, á pesar suyo, deja oir su voz alguna de estas dos, se unirán con los franceses para esterminarlas. Es preciso que muera, sino queremos que la historia de nuestro tiempo se presente cubierta de ignominia.

«Siempre lo he dicho: si queremos hallar un supremo remedio al estado de abatimiento en que nos vemos, es preciso que nadie tema el combate ni el dolor; ni veremos consolidada la libertad de la Alemania hasta que el verdadero pueblo se haya aventurado á obrar, y que los hijos de la patria, preparados para la lucha empeñada en favor de la justicia, desprecien los bienes de este mundo, y deseen los del cielo, que están bajo la salvaguardia de la muerte.

«¿Quien herirá pues á este miserable asalariado, á ese traidor vendido?

«Hace mucho tiempo que yo , que no nací para asesino , espero entre la desconfianza , las oraciones y las lágrimas , que alguno se me adelante , me libre , y me deje continuar mi marcha por el apacible sendero que he elegido : y á pesar de mi llanto y oraciones no se presenta el que debe matarle. Verdaderamente todos tienen el mismo derecho que yo para contar con los demás , y de este modo cada hora de tardanza empeora nuestra situacion ; porque ¿ qué vergüenza no seria para nosotros que de una hora á otra , como puede suceder muy bien , Kotzobue abandonase sin castigo la Alemania , y se fuese á Rusia , á devorar los tesoros por los que ha vendido su honor , su conciencia y su nombre de aleman ? ¿ Y quien nos librará de esta ignominia si cada uno , si yo mismo no me siento con fuerzas para salvar mi patria , haciéndome el elegido de la justicia de Dios ? Así pues , adelante : yo mismo , no os horrorizeis , me arrojaré sobre el inmundo seductor , yo esterminaré al traidor , para que apagándose su voz corruptora , cese de alejarnos de lo que nos enseña la historia , y deje de separarnos de la ley de Dios. Un deber sacrosanto é irresistible me impele á esta accion , desde que he llegado á conocer el alto lugar á que puede llegar el pueblo aleman en este siglo ; y desde que conozco al hipócrita y co-

barde que lo impide, el deseo que tenia ha llegado á ser para mí, como debe serlo de todo alemán que quiere el bien de su patria, una imperiosa y absoluta necesidad. ¡ Ojalá que al tomar esta venganza popular pudiese señalar á todos los buenos donde existe el verdadero riesgo, y salvar á nuestras calumniadas y perseguidas sociedades del grande y próximo peligro que las amenaza! ¡ Ojalá pudiese aterrorizar á los malos y cobardes, y dar fé y valor á los buenos y leales! De nada sirven los discursos y escritos, solo las acciones *pueden hacer*; así pues seré yo quien empieze á obrar, y aunque violentamente arrancado á mis hermosos sueños de un alagueño porvenir, no confiaré menos en Dios; y aun experimento una alegría celestial desde que, cual los hebreos al buscar la tierra de promision, veo en la noche y en la muerte trazada delante de mí la senda en cuyo extremo habré pagado mi deuda á la patria.

«A Dios, pues, corazones leales. Es muy sensible esta pronta separacion; es muy sensible que hayan salido fallidas vuestras esperanzas y mis deseos; pero consolémonos con la idea de que hemos hecho lo que la patria exigia de nosotros: ya sabeis que siempre me he regido por este principio. Vosotros direis sin duda: parecia que Sand habia aprendido, gracias á

nuestros sacrificios, á conocer la vida, y á gustar los placeres de la tierra, y que amaba entrañablemente á su pais natal, y el humilde estado á que era llamado. Si, ¡ay de mí! demasiado cierto es; con vuestra proteccion é innumerables desvelos habia llegado á amar con extremo hasta mi vida. Si: á vosotros debo el haber penetrado en el Eden de la ciencia, el haber existido en las regiones libres del pensamiento, y por vosotros he mirado la historia y he vuelto á entrar en mi conciencia para asirme á los sólidos pilares de la fé.

«Si, yo debia pasar tranquilamente esta vida como un predicador del evangelio, yo debia, fiel á mi estado, ponerme con él al abrigo de las tormentas de la vida; pero ¿bastaria esto para salvar la Alemania del peligro que la amenaza? ¿y vosotros mismos, por el amor que me profesais, no debeis impelerme á que arriesgue mi vida por el bien de todos? ¡Cuantos griegos modernos se han sacrificado para libertar á su patria del yugo de los turcos, y han perecido sin esperanza y casi sin ningun resultado! sin embargo, millares de nuevos mártires permanecen todavía sin cejar un punto, y prontos á morir á su vez! ¿Y yo temeré la muerte?

«La idea de que yo desconozca vuestro amor, ó de que éste sea para mí de poco apre-

rio, no puede caber en vosotros. ¿Quién me incitaría pues á morir, sino el afecto que os profeso, mi amor á la Alemania, y la necesidad de probar este amor á mi familia y á mi país?

«Madre mia, tu dirás sin duda: ¿Para quien he criado á un hijo á quien amaba y de quien era adorada; un hijo por quien me he desvelado tanto, y que tantos dolores me cuesta; que gracias á mis oraciones y á mi ejemplo se ha inclinado al bien, y del cual esperaba, despues de mi larga y trabajosa carrera, los cuidados y caricias que me debe? ¿Porqué me abandona ahora?

«¡ Oh mi buena y tierna madre! si, tal vez direis todo esto; ¿pero no pudiera decir otro tanto la madre de cualquier otro? Y si todo se pasase así en palabras, si nadie quisiera obrar, ¿que sería de esta madre comun llamada Alemania?

«Pero no; lejos de tí estas quejas, noble muger; ya una vez oí tu llamamiento; y si á estas horas nadie se hubiese presentado para salvar la causa alemana, tú misma me incitarías al combate. Tengo ademas dos hermanas y dos hermanos, todos nobles y leales: ellos quedarán contigo, madre mia, y todos los hijos de la Alemania que aman á su patria, serán hijos tuyos tambien.

« Todo hombre tiene un destino que cumplir : el mio está consagrado á la accion que voy á emprender. Aunque ahora viviese cincuenta años no podria ser mas dichoso de lo que he sido en estos últimos tiempos.

« Adios madre mia ; os encomiendo á la proteccion de Dios, que ¡ojalá ! os conceda aquella tranquilidad imperturbable que resiste á todo vaiven. Conducid á vuestros nietos, cuyo tierno amigo hubiera deseado ser, á la cima de nuestras montañas, y allí, en aquel altar erigido por el Señor mismo, en medio de la Alemania, consagren y juren que empuñarán la espada tan pronto como tengan fuerza para levantarla, y que no la soltarán hasta que la libertad haya reunido á todos nuestros hermanos ; hasta que todos los alemanes posean una constitucion liberal que los haga grandes delante del Señor, poderosos contra sus vecinos, y unidos entre sí.

« ¡ Dirija siempre mi patria sus miradas piadosas hácia tí, Padre Omnipotente ! ¡ Haz que tu bendicion caiga abundante sobre sus mieses, que pronto van á segarse, y sobre sus ejércitos que se aprestan al combate ; haz que el pueblo aleman, reconocido á los beneficios de que le has llenado, sea siempre el primero que se levante para sostener la causa de la humanidad, que es tu imagen sobre la tierra !

« Vuestro eternamente afecto hijo , hermano y amigo.

« Lena, á principios del mes de marzo de 1819.

CÁRLOS LUIS SAND.

Conducido Sand al principio al hospital general, como hemos dicho, fué transportado tres meses despues á la casa de correccion de Manheim, cuyo director E. G. le habia hecho preparar un cuarto. Allí estuvo dos meses mas en un estado de suma debilidad. Tenia paralizado completamente el brazo izquierdo, su voz era débil, y el menor movimiento le causaba dolores insoportables. Hasta el mes de agosto, esto es cinco meses despues del suceso que hemos contado, no pudo escribir á su familia la carta siguiente.

« Muy amados padres : los encargados de mi proceso por el Gran Duque me han noticiado que quizás tendré la alegría de veros y abrazaros aquí, á vos, madre mia, y á algunos de mis hermanos.

« No me sorprende esta nueva prueba de vuestro amor maternal, y la esperanza de veros ha despertado en mí los ardientes recuerdos de aquella dichosa vida que hemos pasado juntos. La alegría y el dolor, el deseo y el sacrificio, ajitan mi pecho con violencia, y he tenido que pesar, con la ayuda de la razon; es-

tas diversas sensaciones para hacerme dueño de mí mismo, y poder tomar un partido con respecto á mis deseos.

« La balanza se ha inclinado del lado del sacrificio.

« Bien sabeis madre mia el consuelo y valor que me darian en el poco tiempo que me queda de vida, vuestras piadosas y sublimes conversaciones, vuestras visitas y hasta una sola mirada vuestra; pero tambien conocéis mi posicion, y sabeis demasiado los trámites que siguen estas sumarias, para no creer como yo que semejante tormento, renovado á cada instante, turbaria el gozo de nuestra entrevista, ó tal vez lo destruiria enteramente. Ademas, madre mia, pensad en el largo y costoso viaje que teneis que hacer para volverme á ver; y para pasar por el cruel tormento de la despedida cuando llegue el instante de separarnos en este mundo. Atengámonos pues al sacrificio y á la voluntad de Dios, y entreguémonos solo á esta comunicacion de pensamientos que la distancia no puede interrumpir, y que á despecho de los hombres nos ha concedido nuestro Omnipotente Padre, y en la cual cifro yo mis mayores delicias.

« Ignoro completamente mi estado fisico, aunque he salido de cuidado, pues ya veis que os escribo. Por lo demas conozco muy poco la

construcción de mi cuerpo para pronosticar lo que mis heridas harán en él. Este estado sigue siempre del mismo modo excepto que he cobrado algunas fuerzas, y lo sobrellevo con serenidad y paciencia, porque Dios me ayuda y da valor; espero que continuará prestándome su ayuda, para que encuentre en todas partes la tranquilidad y entereza de espíritu. Amen.

« Sed dichosos.

Vuestro muy respetuoso hijo.

« Manheim 11 de agosto de 1819.

« CARLOS LUIS SAND. »

Al cabo de un mes llegó la contestación de la familia. Solo reproduciremos las palabras de la madre de Sand, porque completan la idea que nuestros lectores se han podido ya formar de esta mujer *de alma grande*, como siempre la llama su hijo.

« Querido, imponderablemente querido Carlos: ¡cuán grato me ha sido el haber vuelto á ver, despues de tanto tiempo, caracteres trazados por tu mano! No hay viaje por penoso que te lo figures, ni camino por largo que sea, que basten á impedirme que vaya á juntarme contigo; iria con un amor profundo é infinito al extremo del mundo con la sola esperanza de poderte ver.

« Pero como conozco tu cariño y tu grande

solicitud para conmigo, y me espones con tanta firmeza y madura reflexion los motivos contra los cuales no tengo nada que replicar, y que no puedo menos de honrar, haré lo que tú quieres y has determinado, mi muy amado Carlos. Seguiremos comunicándonos con el pensamiento sin hablarnos; pero tranquilízate, que nada puede separarnos: mi alma vela sobre tí, y mis maternales pensamientos te rodean.

« El entrañable amor que nos sostiene nos dé fuerzas y nos conduzca á todos á una vida mejor: él te conserve, mi querido Carlos el valor y la firmeza.

« Adios, y queda bien convencido de que nunca cesaré de amarte con extremo.

« Tu fiel madre que te amará hasta la eternidad. »

Sand respondió.

« Isla de Pathmos, enero de 1820.

« Mis amados padres, hermanos y hermanas: á mediados del mes de setiembre último recibí por los encargados de la sumaria, cuya humanidad habeis podido apreciar, vuestras estimadas cartas de fines de agosto y de principios de setiembre, las cuales han tenido el májico poder de llenarme de alegría, transportándome á la atmósfera de vuestros corazones.

« Vos, tierno padre mio, me escribis el dia en que cumplis sesenta y siete años y me ben-

decís con los mayores transportes de vuestro amor paternal.

« Y vos, mi muy querida madre, descendéis hasta prometer que continuará vuestro maternal afecto, en el que constantemente he creído en todos tiempos. De este modo he recibido vuestras dos últimas bendiciones que en la posición en que me encuentro, ejercerán sobre mí una influencia mas bienchora que ninguna de las gracias que todos los reyes de la tierra juntos pudieran concederme. Si; alimentadme con abundancia de este bendito amor del que os doy gracias amados padres, con la respetuosa sumisión que mi alma me inspirará siempre como el primer deber de un hijo.

« Pero cuanto mayor es vuestro amor y mas afectuosas vuestras cartas; debo confesaroslo, tanto mas tengo que sufrir con el voluntario sacrificio que me he impuesto de no veros; y si he sido tardío en contestaros, queridos padres, ha sido para darme á mí mismo el tiempo necesario para volver á recobrar la fuerza de espíritu que habia perdido.

« Tambien vosotros, queridos cuñado y hermana, me asegurais vuestro sincero y no interrumpido cariño; sin embargo de que no sabeis positivamente la opinion que debeis formar de mí, despues del desconsuelo que he derramado sobre todos vosotros; pero mi co-

razon, reconocido á vuestras bondades pasadas, se tranquiliza por sí mismo, porque hablan vuestras acciones, y me atestiguan que aun cuando no quisierais amarme como yo os amo, no podriais obrar de otro modo, y en la hora presente tienen para mí mas valor estas acciones que todas las protestas posibles, y aun las mas afectuosas palabras.

« Tú tambien, hermano mio, tú habrias consentido en venir con nuestra amada madre, aquí á las orillas del Rhin, en donde se estableció entre nosotros la verdadera correspondencia de nuestras almas, y en donde hemos sido dos veces hermanos; pero dime, al considerar el raudal de consuelo que me ha traído tu tierna y sincera carta ¿no puedo creer que te has transportado allí con la imaginacion y el pensamiento?

« Y tú, apreciada cuñada, te vuelvo á encontrar hoy en el lugar de una verdadera hermana; lugar en que desde el primer momento te ha colocado tu delicada ternura. Siempre los mismos sentimientos, siempre el mismo cariño fraternal, siempre la misma simpatía. Tus consuelos dimanados de una grande y verdadera piedad han penetrado hasta lo mas íntimo de mi corazon. Pero querida cuñada, debo decirte á tí, como he dicho á los demás, que eres demasiado generosa para conmigo en tu esti-

macion y tus alabanzas, y que tu desmedido afecto me ha puesto en presencia de mi juez interior, que me hace mirar en el espejo de la experiencia los retratos de todas mis debilidades.

«Tú, mi buena Julia, no desees mas que arrancarme la suerte que me espera, y me aseguras en tu nombre y en el de todos, que tú así como ellos te tendrías por dichosa en sufrirla por mí. En esto te reconozco la misma y veo que conservas aquella afectuosa y tierna conformidad de sentimientos que nos ha unido desde la niñez. ¡Oh! tranquilízate, querida Julia, te prometo que con el favor de Dios me será fácil, mucho mas fácil de lo que pensaba, sobrellevar el destino que me aguarda.

«Recibid todos mis vivas y sinceras demostraciones de gracias, por haber llenado de alegría mi corazón.

«Ahora que con estas consoladoras cartas he conocido, que, semejante al hijo pródigo, son mayores á mi vuelta que á mi partida, el amor y la bondad de mi familia, quiero describiros mi estado físico y moral con todo el cuidado posible, y ruego á Dios dé fuerza á mis palabras para que mi carta os lleve el equivalente cambio de lo que las vuestras me han traído, y os ayude á llegar al estado de calma y serenidad á que he llegado.

« Insensible , á fuerza de dominarme á mí mismo , á los males y bienes de la tierra , ya sabeis que durante estos dos últimos años solo he vivido para los bienes morales , y debo decir que el Señor , oríjen de todo bien , movido sin duda de mis esfuerzos , me ha hecho apto para buscarlos y gozar estensamente de ellos. Dios está aun conmigo como antes , y en él , padre sagrado nuestro , y principio soberano de todas las cosas , encuentro no solo el consuelo y la fuerza , sino tambien un amigo constante , lleno del mas santo amor , y que me acompañará á todas partes en que tenga necesidad de sus desvelos. Verdad es que si se hubiese apartado de mí , ó yo de él , ahora seria bien desgraciado y miserable ; pero su gracia me ha hecho á mí , débil y humilde criatura , robusto y poderoso contra todo lo que puede recaer sobre mí.

« Hasta ahora nada ha cambiado de cuanto he adorado como sagrado , de cuanto he deseado como bueno , y á cuanto he aspirado como divino. Doy por ello gracias á Dios , por que si yo hubiera conocido que mi corazon ha adorado engañosas fantasmas y se ha rodeado de fujitivas quimeras , no tendria consuelo alguno. Así , pues , crece cada momento , y crecerá de este modo hasta el fin , mi confianza en estas ideas , y mi amor hácia ellas ; hácia ellas que

son el ángel de la guarda de mi espíritu; y espero que de este modo seré mas fácilmente conducido de este mundo á la eternidad. Paso mi silenciosa vida en mi exaltacion y humildad cristiana, y á veces tengo estas visiones celestiales en las que desde niño he adorado el cielo en este mundo, y que me ayudan á elevarme hasta el Señor en las ardientes alas de mis ruegos. Aunque mi enfermedad ha sido bastante larga, dolorosa y cruel, mi voluntad la ha dominado con bastante fuerza para dejarme el tiempo de ocuparme incesantemente de la historia de las ciencias positivas; y de las varias partes de la educacion religiosa, y cuando la violencia del mal interrumpia por algun tiempo estas ocupaciones, luchaba victoriosamente con el tedio, porque el recuerdo de lo pasado, mi resignacion para lo presente, y mi fé en el porvenir, eran bastante grandes y fuertes para sostenerme en el paraiso terrestre. Con los principios que profeso, jamás hubiera pedido nada para mi bienestar en la posicion en que me encuentro, y en que yo mismo me he colocado; y sin embargo por todas partes me he visto colmado de favores y cuidados tributados con una delicadeza y humanidad, que jamás ¡ay de mi! podré agradecer bastante; de modo que han escedido los deseos que hubiera podido formar en el repliegue mas intimo de mi

corazon. Nunca me han dominado tanto los dolores físicos, que no me hayan permitido decir en mi interior, al dirigir al cielo mi pensamiento; « sea lo que quiera de este andrajo, » y por grandes que hayan sido estos sufrimientos, no pueden compararse con los hondos y punzantes del alma, que nos hace sentir el conocimiento de nuestras flaquezas y pecados.

« Además, rara es la vez que este dolor me hace perder los sentidos, la inflamacion no ha ganado mucho terreno y los accesos de calentura han sido muy leves; sin embargo, hace seis meses que me veo obligado á estar echado siempre de espaldas, sin poder levantarme, y me han salido del pecho mas de veinte azumbres de pus por el lado del corazon. La herida por el contrario, está en muy buen estado, aunque sigue abierta, lo cual mas bien lo debo á la sangre pura que he recibido de vos, madre mia, que á los atentos cuidados de los que me asisten: así pues, ni me han faltado los socorros de la tierra, ni el cielo ha cesado de fortalecerme. Y en el dia de mi cumpleaños he tenido motivo—¡Oh! no de maldecir la hora en que nací, sino al contrario, despues de la atenta contemplacion de este mundo, de dar gracias á Dios y á vosotros, muy amados padres míos, por la vida que me habeis dado!—He celebrado el 18 de octubre en una tranquila y ardiente

sumision á la santa voluntad de Dios. El dia de Navidad procuré ponerme en el estado de los niños consagrados al Señor, y así espero que con la ayuda de Dios, este año nuevo se pasará como el que concluyó, tal vez entre los dolores del cuerpo, pero seguramente con tranquilidad de espíritu. Este es el único deseo que me anima, y os lo ofrezco á vosotros, amados padres y hermanos, y á todos los vuestros.

« Ya no espero ver pasar el año vijésimo quinto de mi vida. ¡Ojalá, pues, sea oída mi súplica! ¡Ojalá que el cuadro de mi vida presente pueda tranquilizaros, y que esta carta salida de lo intimo de mi corazón, pueda probaros que no soy indigno del acendrado amor que me profesais, y que se afianze este amor por toda la eternidad!

« Querida madre en estos dias he recibido tambien vuestra afectuosa carta del 2 de diciembre, y los encargados del gran duque han tenido la condescendencia de dejarme leer la de mi hermano que acompañaba la vuestra. Me dais las mas satisfactorias noticias sobre la buena salud de todos y me enviais frutos confitados de nuestra casa: os doy las gracias con todo mi corazón. Lo que mas contento me causa en mi interior, es el saber que os ocupais de mí con esmero, así en invierno como en verano, y me entrego todo á tan grata efusion, al

saber que vos y mi buena Julia los habeis cojido y confitado para mí en nuestra misma casa.

« Me alegro en el alma de la llegada al mundo del primito , y doy mil parabienes á sus padres y abuelos. Me transporto con el pensamiento á esa parroquia y asisto al bautizo llevando conmigo el aferto de su hermano cristiano , y pidiendo para él todas las bendiciones del cielo.

« Creo que nos veremos obligados á interrumpir nuestra correspondencia , por no incomodar mas á los delegados del gran duque. Acabo, pues, asegurándoos otra vez , y quizás por la última , mi sumision filial y mi fraternal cariño.

« Vuestro eternamente afecto.

« CÁRLOS LEIS SAND. »

Efectivamente , desde aquel momento cesó de todo punto la correspondencia entre Cárlos y su familia , y no les escribió ya mas que una vez , que fué despues que conoció su suerte. Mas adelante veremos la carta.

Hemos visto en esta los cuidados de que Sand estaba rodeado. Verdad es que nadie le miraba como un asesino , que muchos le compadecian en voz baja , y algunos le disculpaban en alta voz. Y hasta los mismos comisionados por el gran duque dilataban el negocio, porque habian creido al principio que la gravedad de

las heridas de Sand , haria inútil la intervencion del verdugo , y hubiéranse alegrado de que Dios se encargára de terminar el proceso; pero salieron fallidas sus esperanzas , y la habilidad de los médicos triunfó , no de las heridas sino de la muerte; porque Sand no curó , sino que quedó con vida , y desde entonces empezaron á pensar que seria preciso quitársela.

En efecto , el emperador Alajendro , que habia dado á Kotzebuc el título de consejero , y que no se habia equivocado acerca de la causa de aquel asesinato , pedia con premura que la justicia siguiese su curso. Tuvo pues que proseguirse el sumario ; pero deseándose con sinceridad tener un pretesto para alargar el proceso , mandaron que un médico de Heildelberg visitase á Sand é hiciese una relacion exacta de su estado , esperando que la relacion del médico certificaria en el preso la imposibilidad de levantarse; porque efectivamente , Sand permanecia echado constantemente , y era imposible ajusticiarle en la cama; y creian que con semejante espediente podria conseguirse una prórroga.

En consecuencia llegó el médico á Manheim , y presentándose á Sand , como atraido por el interés que le inspiraba su estado , le preguntó si sentia alguna mejora en su salud , y si le seria posible levantarse. Sand , despues de

haberle mirado un instante, le contestó sonriendo.

« Ya entiendo.... desean saber si estoy bastante fuerte para subir á un cadalso. Yo mismo lo ignoro; pero vamos á probarlo. »

Diciendo esto levantose, y haciendo con un valor sobrehumano lo que hacia catorce meses no habia verificado, dió dos vueltas por el cuarto, y volviendo á sentarse sobre la cama, dijo:

— « Ya veis, caballero, que estoy bastante fuerte; por consiguiente no hagais perder á mis jueces un tiempo precioso, entreteniéndoles por mas tiempo con mi asunto. Que pronuncien la sentencia, puesto que nada impide ya que sea ejecutada. »

Dió el médico su declaracion. No habia medio alguno de volver atrás. La Rusia era de cada vez mas exigente, y el tribunal supremo de justicia dió la siguiente sentencia, confirmada el dia 12 por su alteza el gran duque de Baden.

« Instruida la competente sumaria, despues del interrogatorio dependiente del bailio, oida la sentencia, y reunidos los pareceres del tribunal de justicia de Manheim, y las posteriores consultas de la audiencia territorial, que declara al acusado Cárlos Sand de Wonsiedel, reo convicto de asesinato en la persona de

Kotzebue, consejero del estado imperial ruso. Atendido todo esto, para su justo castigo, y para dar á los demas un ejemplo memorable, pasará de la vida á la muerte por la cuchilla de la ley.

«Atendida su falta de fortuna se pagarán de los fondos de justicia los gastos de la sumaria, y los que ocasione el suplicio.»

Aunque esta sentencia condenaba á muerte al acusado, porque era imposible evitarlo, se ve, por lo demas, que en el estilo y en el fondo era la sentencia tan suave como podia desearse, puesto que hiriendo á Sand no le condenaba á los gastos de un proceso largo y costoso que hubieran arruinado á su pobre familia.

Sin embargo, todavía se pasaron cinco dias, y el decreto no fué firmado hasta el 17.

Cuando anunciaron á Sand que iban á verle dos consejeros de justicia, sospechó al momento que era para leerle la sentencia. Pidió un instante para levantarse, pues que no lo habia hecho mas que una vez, en el espacio de catorce meses y con las circunstancias que hemos dicho antes. Estaba tan débil que no pudo escuchar la sentencia en pié, y despues de haber saludado á los diputados de la muerte, pidió le permitieran sentarse, diciendo que no era por flaqueza de alma, sino por debilidad de cuerpo, y añadiendo en seguida: «Sean

Vds. bien venidos, porque hace catorce meses que padezco tanto, que son Vds. para mí los ángeles de mi libertad.»

Oyó su sentencia sin conmovirse, y con la sonrisa en los labios; y acabada la lectura dijo: «No esperaba otro destino, señores, y cuando el año pasado me detuve en la colina que domina la ciudad, señalé de antemano el lugar de mi sepulcro: debo pues dar gracias á Dios y á los hombres de haber prolongado mi existencia hasta el día de hoy.»

Salieron los consejeros, y Sand se levantó segunda vez para saludarles á su despedida, como lo habia hecho á su llegada; despues se volvió á sentar muy pensativo en una silla. Á su lado y en pié estaba M. G., alcaide de la cárcel. Pasado un instante de silencio brotó de los ojos del condenado una lágrima, que se deslizó á lo largo de sus mejillas; y luego volviéndose de pronto hácia M. G., á quien estimaba mucho: «Yo creo que mis padres, le dijo, preferirán verme morir de muerte violenta que de una enfermedad lenta y vergonzosa. Por mí, solo deseo dé la hora en que mi muerte satisfaga á todos los que me odian, y á los que yo tambien debo odiar.»

Despues escribió á su familia.

«Manheim 17 de mayo de 1820.

«Queridos padres y hermanos: ya habreis

recibido , por los encargados del gran duque, mis últimas cartas, en las que contestaba á las vuestras y procuraba tranquilizaros acerca de mi posicion, describiéndoos el estado verdadero de mi espíritu, el desprecio que me inspira todo lo mortal y terrestre, cuando debemos sufrirlo como una necesidad , y cuando se pone en balanza con la ejecucion de un pensamiento, y aquella libertad intelectual, que es la única que puede nutrir nuestra alma. En una palabra, procuraba consolaros, asegurándoos que han quedado intactos, y que he conservado fielmente los sentimientos, los principios y las convicciones de que otras veces os he hablado. Creo que todo esto era escusado, porque estoy seguro de que en ningun tiempo habeis exigido de mí otra cosa , que el que tuviese á Dios en el pensamiento y en el corazon. Ya habeis visto que, con vuestra ayuda, se arraigó de tal modo en mi interior este precepto, que ha venido á ser el solo objeto de mi felicidad en este mundo, y para el otro. Sin duda Dios será con vosotros, como ha estado siempre conmigo, en el momento en que esta carta os dé noticia de la lectura de mi sentencia. Muero gustoso , y el Señor me prestará su auxilio para que muera como se debe morir.

« Os escribo en un estado perfecto de tran-

quilidad y de serenidad, y deseo que vuestra vida pase tambien serena y tranquila hasta el momento en que nuestras almas se encuentren animadas de otro nuevo vigor, para amarnos y participar juntos de la gloria eterna.

«Voy á morir del mismo modo que he vivido desde que me conozco; es decir, en un estado de sosiego interrumpido solamente por los descos celestes, y en un indestructible y eterno amor á la libertad.

«Dios sea con vosotros y conmigo.

«Vuestro hijo, hermano y amigo,

«CÁRLOS LUIS SAND.»

Desde este instante nada turbó ya su tranquilidad. Habló todo el dia mas de lo acostumbrado, durmió bien y se despertó á las siete y media, diciendo que se sentia mas aliviado, y dando gracias á Dios porque le asistia de aquel modo.

Desde el dia anterior al en que se habia hecho público el resultado de la causa, se sabia ya que la sentencia debia ejecutarse el 20 de mayo; es decir, tres dias justos despues de verificada la lectura al reo.

Desde entonces dejaron entrar, con permiso de Sand, á las personas que deseaban hablarle, y que él parecia admitir sin repugnancia: entre estas hubo tres que estuvieron mas largo tiempo, y que le interesaron mas.

Una de ellas era el mayor del regimiento de Baden Olzulgen, que mandaba la patrulla que le habia prendido, ó que por mejor decir, le habia transportado moribundo al hospital. Estaba Sand tan en sí cuando se hirió, que, se acordó de todos los pormenores del uniforme que llevaba el mayor catorce meses antes, á pesar de que no le habia visto mas que un momento, y despues del cual no le habia vuelto á ver. El mayor parecia compadecerle, cuando recayó la conversacion sobre la muerte que Sand iba á sufrir, siendo tan jóven; pero Sand le respondió sonriéndose: «solo hay una diferencia entre vos y yo; y es, que yo moriré por conviccion propia, y vos por convicciones ajenas.»

Despues del mayor entró un jóven estudiante de Iena, que habia conocido á Sand en la universidad, el cual hallándose por casualidad en el ducado de Baden, habia querido hacerle una visita. Su reconocimiento fué muy tierno, y el estudiante lloró mucho; pero Sand le consoló con su calma y serenidad ordinarias.

Entonces deseó entrar á verle un trabajador, diciendo que habian sido condiscípulos en Wonsiedel; y á pesar de que Sand no se acordaba de su nombre, dió orden para que le dejasen entrar. El trabajador le recordó que hacia parte del ejército que mandaba Sand el dia

del asalto de la torre de Santa-Catalina. Estas señas bastaron á Sand para reconocerle perfectamente, y hablarle con cariño de su tierra y de sus queridas montañas : luego le dió el encargo de saludar á su familia , repitiendo de nuevo á su padre , á su madre y á sus hermanos , que no tuviesen sentimiento alguno por él , puesto que el mensajero encargado de trasladarles sus últimas palabras , podia asegurarles con que calma y tranquilidad de espíritu esperaba la muerte.

Luego entró uno de los convidados de los que Sand habia encontrado en la escalera inmediatamente despues de la muerte de Kotzebue ; preguntóle si conocia su delito y si estaba arrepentido , á lo que respondió Sand : «Lo reflexioné un año entero , y despues lo he pensado catorce meses , y no he variado en nada de opinion ; he hecho lo que debia hacer. »

Cuando se marchó este último , Sand mando llamar á M. G. , alcaide de la cárcel , y le dijo que desearia hablar con el verdugo antes de la ejecucion , para que le esplicase de que modo habia de colocarse para hacer su operacion mas segura y mas fácil. M. G. se resistió algun tanto ; pero Sand instó tan vivamente , que M. G. le prometió que mandaria avisar á la persona por quien preguntaba ,

al momento que llegase de Heidelberg, para que se presentase en la casa de correccion.

Lo restante del dia se pasó entre nuevas visitas, y en discusiones filosóficas y morales, en las que desenvolvía Sand sus teorías, con una precision de palabras y una sublimidad de ideas, que tal vez nunca habia manifestado. El alcaide de la cárcel, de quien he adquirido estas noticias, me decia que toda su vida sentiria no haber sabido taquigrafía, para haber recogido sus pensamientos, que hubieran podido competir con los de Phedon.

Llegó la noche y Sand pasó la velada escribiendo : se cree que compuso un poema ; pero sin duda debió quemarle, porque no se encontró rastro alguno. Á las once se acostó, y durmió hasta las seis de la mañana ; sufrió su dolorosa curacion con un valor extraordinario, y sin desmayarse como le sucedia otras veces, y sin dejar escapar un solo gemido. Tenia razon : delante de la muerte Dios le concedia la gracia de que recuperase su vigor natural.

Acabada la operacion, Sand estaba echado y M. G. sentado al pié de la cama, cuando se abrió la puerta, y entró un hombre que saludó á Sand y á M. G. El alcaide se levantó al momento, y con una voz que dejaba ver su emocion, dijo á Sand: « El que os saluda, es M.

Widemand de Heidelberg , á quien deseabais ver. »

Entonces se animó el rostro de Sand , é incorporándose un poco le dijo : « Seais bien venido, caballero . » Y haciéndole sentar junto á su cama , tomole la mano y empezó dándole gracias por su cortesanía , con un acento tan sincero , y una voz tan dulce que M. Widemand no pudo responderle de puro conmovido. Sand le alentaba á que le hablase y á que le explicase lo que deseaba , diciéndole para tranquilizarle : « No os desanimeis , que por mí no quedará; yo no me moveré , y aunque os sea necesario dar dos ó tres golpes para separar mi cabeza del tronco , como dicen que sucede algunas veces , no os turbeis : » — Levantose entonces Sand , apoyado en M. G. , para hacer con el verdugo el extraño y terrible ensayo del drama en que al dia siguiente habia de desempeñar el papel de protagonista. M. Widemand le hizo sentar en una silla , y tomar la posicion que pedia , explicándole todos los pormenores de la ejecucion. Enterado completamente Sand , le rogó que no se apresurase , y que fuese despacio , dándole las gracias de antemano , « porque , añadió , despues no pudiera dáros las ; » se volvió en seguida á su cama , dejando al verdugo mas pálido y conmovido de lo que él mismo lo estaba. M. G. es el que ha

conservado todos estos detalles, porque el verdugo tan agitado estaba que no se acordaba de nada.

Detras de M. de Widemand entraron tres sacerdotes, con los cuales habló Sand de materias religiosas. El uno estuvo seis horas con él, y al despedirse le dijo que le habian encargado consiguiese de él la promesa de que no dirigiria la palabra al pueblo en el sitio de la ejecucion. Prometióselo Sand, añadiendo: « aun cuando yo quisiera, se ha debilitado tanto mi voz que el pueblo no podria oirla. »

Durante este tiempo, en el prado situado á la izquierda del camino de Heidelberg, se levantaba un cadalso. Consistia este en un entarimado de cinco á seis pies de altura, con diez de anchura. Presumiendo que el concurso seria numeroso por el interés que inspiraba el reo, y por estar cerca la Pascua de Pentecostes, y temiendo alguna tentativa de parte de los estudiantes, habian triplicado la guardia de la cárcel, y habian hecho venir al general Neustein de Carlsruhe á Manheim, con mil docientos hombres de infantería, trescientos cincuenta caballos, y una compañía de artillería con su tren correspondiente.

El dia 19 por la tarde llegaron efectivamente tantos estudiantes, los cuales aposentaron en las aldeas vecinas, que se creyó prudente

adelantar la ejecución á las cinco de la mañana, en lugar de verificarse á las once, como se habia dispuesto; pero esto no podia hacerse sin el permiso de Sand, porque no podian ajusticiarle hasta pasados los tres dias despues de la lectura de su sentencia; y como esta se habia verificado á las diez y media de la mañana, tenia derecho para vivir hasta las once.

Antes de las cuatro de la mañana entraron en el calabozo del reo y tuvieron que despertarle, porque dormia profundamente. Abrió los ojos sonriéndose como acostumbraba, y sin saber porque venian. « ¡ Como! ¿ tanto he dormido, dijo, que sean ya las once de la mañana? » Le respondieron que no; pero que venian á pedirle permiso para adelantar la hora, porque temian sucediera algun choque entre los estudiantes y los soldados, y como estaban perfectamente tomadas las disposiciones necesarias, la tentativa no podia menos de ser fatal á sus amigos. Respondióles que estaba pronto, y que solo pedia tiempo para tomar un baño, como hacian los antiguos, al entrar en un combate; pero no bastando esta autorizacion verbal, le presentaron una pluma y papel, en el que escribió con mano segura y con letra regular.

« Doy gracias á las autoridades de Manheim, por haber prevenido mis mas ardientes de-

scos , adelantando de seis horas mi ejecucion.

« Sit nomen Domini benedictum. »

« En mi calabozo , á 20 de mayo por la mañana , dia de mi libertad.

« CARLOS LUIS SAND. »

Cuando Sand entregó estas cuatro líneas al notario, se acercó el médico para curar su herida como de costumbre. Sand le miró sonriéndose. — ¿ Cree V. que merece la pena? le preguntó.

— Tendrá V. mas fuerzas, le respondió el médico.

— Curéme V. pues.

Trajeron el baño. Sand se metió en él, é hizo que le arreglaran sus hermosos y largos cabellos con el mayor esmero : despues de haberse peinado se puso una levita, de hechura alemana, es decir corta, con el cuello de la camisa vuelto, pantalon blanco ajustado, y las botas encima. Luego fué á sentarse sobre la cama y oró un rato en voz baja con los sacerdotes ; y así que hubo acabado , dijo estos dos versos de Kerner :

Acabóse ya todo lo mundano

La vida celestial empieza ahora.

Despidióse en seguida del médico y de los sacerdotes , diciéndoles : « No atribuyais á debilidad sino á reconocimiento la agitacion de mi voz. Y como le ofreciesen estos últimos

acompañarle hasta el cadalso, es inútil, les dijo, estoy muy bien preparado con Dios y con mi conciencia. Además ¿no soy acaso medio sacerdote? Y preguntándole uno si odiaba á alguien, le respondió: «Oh no, jamás he odiado á nadie.»

Oyeron entonces el murmullo de la calle, que iba en aumento, y Sand repitió que si querían disponer de él estaba pronto. En aquel momento entró el verdugo con sus dos ayudantes, vestido con una larga levita negra, bajo la cual ocultaba su cuchilla. Tendióle Sand afectuosamente la mano, y no atreviéndose á adelantarse M. Widemand, porque le incomodaba la cuchilla, que deseaba ocultar á las miradas de Sand; acercaos, le dijo este, y enseñadme vuestra arma: «No he visto nunca ninguna y deseo saber como está hecha.»

M. Widemand, pálido y agitado le presentó la cuchilla; Sand la examinó con detención, y pasando el dedo por el filo: «vamos, dijo, la hoja es buena, sino temblais todo irá bien.» Y volviéndose á M. G. que estaba llorando: «¿es verdad, le dijo, que querreis hacerme el favor de acompañarme hasta el cadalso?» M. G. que no podía hablar, le hizo con la cabeza una señal afirmativa. Sand tomó su brazo, y repitió por tercera vez: «Y bien señores ¿que esperais? estoy pronto.»

Al llegar al patio vió Sand en las ventanas varios presos que estaban llorando : aunque Sand nunca los habia visto, eran antiguos amigos suyos ; porque cada vez que pasaban por delante de su puerta levantaban sus cadenas por no incomodar con el ruido al estudiante que habia muerto á Kotzebue.

Todo Manheim estaba en las calles que habia de atravesar, y numerosas patrullas cruzaban por ellas. El dia en que se leyó la sentencia se habia buscado por toda la ciudad un coche para llevar á Sand al cadalso ; y nadie , ni los mismos cocheros, habian querido alquilar ni vender ninguno ; y habia sido preciso comprar uno en Heidelberg, sin decir el objeto á que lo destinaban.

Este coche, pues, fué el que encontró Sand en el patio , al cual subió junto con M. G. diciéndole al entrar en voz baja : si por casualidad se me cambia el color, decidme mi nombre , solamente mi nombre , lo ois ? esto bastará.

Entonces se abrió la puerta y, apareciendo Sand, gritaron todas las voces á un mismo tiempo.—Adios, Sand, adios. Y al mismo tiempo de entre el apretado tropel de la calle y de las ventanas, salieron varios ramos de flores, algunos de los cuales cayeron dentro del mismo carruaje. Al ver aquel espectáculo,

al oír aquellos gritos de amistad, Sand, que no había desmayado un solo instante, sintió que las lágrimas le saltaban de los ojos á pesar suyo; y devolviendo los saludos que le hacían de todas partes, dijo en voz baja: «¿Dios mio, dadme valor!»

Pasado este primer impetu, se puso en marcha el acompañamiento, en medio del mas profundo silencio. Solo de vez en cuando gritaba una voz aislada:—«Adios Sand.»—Y un pañuelo sacudido por una mano levantada sobre la multitud, indicaba al reo el lugar de donde había salido aquel grito. A los dos lados del carruaje marchaban dos empleados de la cárcel, con gasas en el brazo, y detrás del coche seguía otro con las autoridades de la ciudad.

El ambiente era muy frío; había llovido toda la noche, y el cielo sombrío y tempestuoso parecía participar de la universal tristeza. Sand estaba demasiado débil para permanecer sentado, así pues iba medio echado sobre el hombro de M. G.: su rostro estaba sereno, tranquilo y doliente, su frente despejada y libre, y sus interesantes facciones sin ser bellas, habían envejecido en los catorce meses de sufrimientos que acababa de pasar. Llegó finalmente la comitiva al lugar del suplicio, que estaba cercado de un batallón de infante-

ría; y bajando Sand la vista del cielo, á donde la tenia fija, divisó el cadalso; á este aspecto se sonrió con amabilidad, y dijo: «hasta ahora me ha dado Dios valor.»

El alcaide de la cárcel y los principales empleados le ayudaron á subir las gradas, y en el poco tiempo que empleó en ello, el dolor le hizo mantenerse encorbado; pero así que llegó arriba se enderezó, diciendo: «He aquí el lugar en que voy á morir;» y antes de llegar á la silla en que debía sentarse para la ejecución, dirigió la vista hácia Manheim y recorrió con una mirada aquella muchedumbre que le rodeaba. En este instante atravesó las nubes un rayo del sol; saludole Sand sonriendo y se sentó.

Entonces le preguntaron si tenia bastante fuerza para oír leer en pié su sentencia, como debía hacerse por órden superior; respondió Sand que lo probaria, y, que en defecto de fuerzas físicas, no le faltaria la fuerza moral. En el momento se levantó de la silla fatal, rogando á M. G. se situase cerca de él para sostenerle si caía. Esta precaucion fué inútil, porque Sand no se meneó siquiera.

Despues de la lectura se volvió á sentar, y dijo en alta voz:

—«Muerdo confiando en Dios....»

Pero M. G. al oír estas palabras le interrumpió, diciéndole.

—Sand ¿que habeis prometido ?

—Es verdad , respondió ; lo habia olvidado.

Calló entonces levantando la mano derecha y estendiendo solemnemente el brazo, dijo á media voz, de modo que solo podia ser oído de los que le rodeaban :

« Tomo á Dios por testigo de que muero por la libertad de la Alemania. »

Y al pronunciar estas palabras , hizo lo que Conadino habia hecho con su guante, arrojó su pañuelo doblado sobre el gentío , por encima de la hilera de soldados que le rodeaba.

Acercose á él el verdugo , para cortarle la cabellera ; pero Sand se opuso á ello.

—« Es para vuestra madre , le dijo M. Widedemand.

—Me dais vuestra palabra de que será así ? preguntó Sand.

—Os lo juro.

—Haced pues lo que gustéis, dijo Sand, presentando su cabellera al verdugo.

Este no le cortó mas que algunos rizos de los que le caian sobre la espalda , atándole los demas con una cinta encima de la cabeza. Sujetole las manos sobre el pecho , y viendo que aquella posicion le incomodaba por motivo de su herida y que le obligaba á inclinar la cabe-

za, se las puso sobre los muslos y las sujetó de este modo.

Al tiempo de vendarle los ojos rogó á M. de Widemand que le pusieran la faja de modo que no le impidiese ver la luz hasta su último momento. Lo que se hizo como deseaba.

Un profundo y mortal silencio reinó entonces en aquella muchedumbre que rodeaba el cadalso. Sacó el verdugo su cuchilla, que brilló como un relámpago y cayó. En el mismo instante salió un grito terrible de veinte mil pechos á la vez : la cabeza no se habia desprendido y aunque estaba inclinada sobre el pecho, habia quedado unida al cuello. Hirió segunda vez el verdugo, y del mismo golpe cayó la cabeza y una parte de la mano.

Hombres y mujeres en el mismo instante rompieron las filas, á pesar de los esfuerzos de los soldados, se precipitaron hácia el cadalso, y chuparon la sangre con pañuelos, hasta la última gota; despedazaron la silla en que Sand estaba sentado, y se la repartieron como reliquias; y los que no pudieron alcanzar ningun pedazo, cortaron astillitas de la madera ensangrentada del cadalso.

Colocaron la cabeza y el cuerpo en un ataúd forrado de negro, y lo volvieron á la cárcel acompañado de una numerosa escolta militar. Á media noche transportaron silenciosamente

el cadáver, sin hachas ni luces, al cementerio protestante, en que catorce meses antes habia sido enterrado Kotzebue. Habian abierto con sigilo una huesa; colocaron en ella el ataúd, é hicieron jurar sobre los eyangelios, á cuantos asistieron al entierro, que no revelarían el lugar en que habia sido enterrado Sand, hasta que se les absolviese del juramento. Volvieron á cubrir la sepultura con el mismo cesped que habian quitado con mucho cuidado, para que no se conociese que habia una sepultura nueva, y los sepultureros nocturnos salieron dejando una guardia en la entrada.

Allí, y á veinte pasos uno de otro, yacen Sand y Kotzebue; este enfrente de la puerta y en el lugar mas visible del cementerio, bajo un sepulcro en que se vé grabada esta inscripcion:

EL MUNDO LE PERSIGUIÓ SIN PIEDAD,
 LA CALUMNIA FUÉ SU TRISTE HERENCIA,
 SOLO ENCONTRÓ LA DICHA EN LOS BRAZOS DE SU
 MUGER,
 Y EL DESCANSO EN EL REGAZO DE LA MUERTE.
 LA ENVIDIA VELABA SOBRE ÉL PARA SEMBRAR DE
 ESPINAS SU CAMINO,
 EL AMOR HIZO FLORECER PARA ÉL SUS ROSAS.
 EL CIELO LE PERDONE
 COMO ÉL HA PERDONADO EL MUNDO.

En oposicion á este suntuoso monumento,

que se levanta como hemos dicho, en el lugar mas visible del cementerio, tiene que irse á buscar la huesa de Sand en el ángulo que cae á la izquierda de la puerta del mismo, y un ciruelo silvestre, del que cada viajero arranca algunas hojas al pasar, se levanta solitario sobre aquella tumba desnuda de toda inscripcion.

El pueblo llama aun hoy dia á la pradera en que Sand fué ajusticiado, —*Sands Himmelfartsweise*,—que quiere decir:

PRADERA DE LA ASCENCION DE SAND AL CIELO.



A fines de setiembre de 1838 estabamos en Manheim, en donde me detuve tres dias para recojer los pormenores que encontrase, acerca de la vida y muerte de Cárlos Ludovico Sand; pero en tres dias, á pesar de la actividad de mis pesquisas, pocos fueron los datos pue pude reunir, sea que yo no practicase bien mis indagaciones, ó que mi calidad de extranjero no inspirase confianza á aquellos á quienes me dirigia. Dejé pues á Manheim bastante mohino y engañado en mis esperanzas, y despues que hube visitado el pequeño cementerio en que estan enterrados Sand y Kotzebue, á veinte pasos de distancia uno de otro, mandé á

mi cochero que tomase la ruta de Heidelberg, cuando este, despues de algunos pasos, y sabiendo el objeto de mis pesquisas, se detuvo por sí mismo, preguntándome si deseaba saber el lugar en que habian ajusticiado á Sand, y al mismo tiempo me señalaba un pequeño cerro situado en el centro de una pradera, y á corta distancia de un arroyo. Acepté gustoso la oferta, y quedándose el cochero con mis compañeros de viaje en el camino, reconocí por mí mismo el lugar indicado, por algunos restos de ramas de ciprés, siemprevivas y jernandrinas esparcidos por el suelo.

Aquella vista aumentó mi curiosidad en lugar de disminuirla. Estaba de cada vez mas disgustado de irme tan mal informado, cuando divisé un hombre de cuarenta y cinco á cincuenta años que se paseaba á algunos pasos de distancia del sitio en que yo estaba, y que figurándose la causa que me habia atraído allí me miraba con curiosidad. Resolví hacer el último esfuerzo y dirigiéndome á él:

—Caballero, le dije, soy extranjero, y viajo para recojer las poéticas tradiciones de que es tan rica vuestra Alemania. Por el modo con que me mirais, me figuro que sabeis algo del asunto que me ha atraído á esta pradera. ¿Pudierais darme algunas noticias sobre la vida y muerte de Sand?

—¿ Con que fin , caballero ? me preguntó en un francés casi ininteligible el sujeto á quien me habia dirigido.

—Tranquilizaos , respondí , es con un fin muy aleman . Por lo poco que he podido inquirir , Sand es para mí una de aquellas sombras que se nos presentan demasiado grandes y poéticas , para ser envueltas en un sudario ensangrentado ; pero no es conocido en Francia ; pudiera confundirsele con un Fieschi ó un Meunier , y quisiera hacer cuanto me fuese posible para ilustrar sobre este asunto el ánimo de mis compatriotas .

—Y yo os ayudaré en esta obra , con muchísimo gusto , caballero ; pero ya veis que apenas hablo el francés , y vos no hablais absolutamente el aleman ; de manera que nos seria muy difícil comprendernos .

—No quedará por esto , repliqué yo ; en mi coche tengo uno , ó mas bien , una intérprete que espero no os desagradará , y que habla el aleman tan bien como Goethe , y á quien , en habiendo empezado á hablar , habreis de decirlo todo .

— Vamos , pues , caballero , respondió el paseante ; solo deseo seros útil .

Nos encaminamos pues hácia el carruaje , que nos esperaba en la carretera , y yo presenté á mi compañera de viaje el nuevo personaje

que acababa de reclutar. Se hicieron los saludos de costumbre y se entabló el diálogo en el mas puro sajón.

A pesar de que yo no entendia una palabra de cuanto decian , por la rapidez de las preguntas , y la duracion de las respuestas, conocia que la conversacion era de las mas interesantes. Finalmente al cabo de media hora, deseoso de saber en que estaban y no pudiendo aguantar ya mas.

—Y bien , ¿ que hay ? exclamé.

—Que hay? respondió mi intérprete; que has tenido acierto y no podias dirigirte mejor.

—¿ Ha conocido el señor á Sand ?

—Es M. G. el alcaide de la cárcel en que estaba encerrado.

—¿ Si ?

—Por espacio de nueve meses, es decir desde el momento en que salió del hospital el señor le veia cada dia.

—Divinamente.

—Pero no es esto so lo ; el señor iba con él en el mismo carruaje que le llevó al suplicio ; estubo con él en el cadalso ; en todo Manheim no hay mas que un retrato de Sand , y el señor es quien lo posee.

Yo devoraba cada palabra : alquimista del pensamiento, destapaba mi crisol y en él encontraba oro.

—« Pregúntale , repliqué con viveza , si el señor quiere permitirnos que tomemos por escrito los datos que pueda darme. »

Mi intérprete preguntó de nuevo, y volviéndose despues á mí :

—« Concedido , me dijo. »

M. G. subió al coche con nosotros, y en lugar de partir para Heildelberg volvimos á entrar en Manheim, y nos apeamos en la casa de correccion.

M. G. no desmintió un instante la condescendencia que habia mostrado. Se detenia en cada circunstancia con la mayor cortesania, y con la paciencia y la memoria mas complacientes, poniéndose á mi disposicion, como pudiera haberlo hecho un *cicerone*. Finalmente, y habiendo agotado cuanto tenia que decir respecto á Sand, le pregunté sobre el modo con que se hacian las ejecuciones.

« Para esto , me dijo , puedo ofreceros una carta de recomendacion para una persona de Heildelberg, que os dará cuantos detalles pudierais desear sobre el asunto. »

Acepté agradecido, y al despedirme de M. G. dándole un millon de gracias, puso en mis manos la carta ofrecida, que llevaba este sobre :

« Al Sr. Dr. Widemand, calle mayor, número 111, en Heildelberg. »

Yo me volví hácia M. G. y :

« ¿Será acaso pariente del verdugo, que ha ajusticiado á Sand? pregunté? »

—Es su hijo, y estaba á su lado cuando cayó la cabeza.

—Y que profesion ejerce?

—La misma de su padre, á quien ha sucedido.

—Pero si le llamais doctor.

—Sin duda; aquí todos los verdugos llevan este título.

—¿Pero bien, doctores en que?

—Doctores en cirugia.

—Toma, dije yo; eso es al contrario de nosotros. En nuestro pais es á los cirujanos á quienes se da el nombre de verdugos.

—Por lo demas, continuó M. G., vereis en él un jóven muy bien educado, y á pesar de que entonces era de muy corta edad, ha guardado un profundo recuerdo de aquel suceso.

En cuanto á su pobre padre, creo que hubiera preferido cortarse la mano derecha, antes que ajusticiar á Sand; pero hubieran encontrado otro, si él se hubiese negado. Hizo pues lo que le mandaban, que era lo mejor que podia hacer.

Di las gracias á M. G., y bien determinado á hacer uso de su carta, salimos para Heidel-

berg, á donde llegamos á las once de la noche.

El dia siguiente la primera visita que hice fué al Sr. D. Widemand.

No sin alguna agitacion, que se pintaba tambien en el rostro de mis compañeros de viaje, llamamos á la puerta del último juez, como dicen los alemanes. Salió á abrírnos una vieja, y nos hizo pasar adelante, introduciéndonos mientras venia M. Widemand, que estaba acabando de vestirse, en un lindo gabinete, á la izquierda de un corredor y al pié de una escalera. Aquel gabinete estaba lleno de curiosidades, de madreporas, conchas, moriscos, pájaros disecados, varias plantas secas; y una escopeta de dos cañones, un cuerno de pólvora, y un morral indicaban que M. Widemann era cazador.

Á poco rato oimos el ruido de sus pasos, y se abrió la puerta. M. Widemand era un hermoso jóven de treinta á treinta y dos años, con patillas negras, que rodeaban enteramente su rostro varonil y lleno de espresion, é iba vestido de por mañana, con cierto esmero campesino.

Al principio pareció no solo embarazado, sino tambien molestado de nuestra visita. Extrañaba aquella curiosidad sin fin, de que él parecia ser el objeto. Me di prisa á entregar-

le la carta de M. G. y decirle la causa de nuestra visita. Entonces se fué serenando por grados, y acabó por mostrarse tan hospitalario y servicial para con nosotros, como la víspera lo habia estado el que nos dirigia á él.

M. Widemand reunió todos sus recuerdos, porque guardaba una memoria indeleble de Sand, y entre otras cosas nos contó que su padre, con peligro de comprometerse, habia pedido permiso para construir á sus espensas otro cadalso, para que no muriera un criminal á donde habia muerto un mártir. Le habian concedido este permiso, y del cadalso habia hecho las puertas y ventanas de una casita de campo, situada en medio de una viña.

En el espacio de tres ó cuatro años habia sido visitada aquella casa constantemente como una romería, y hoy dia, en que una parte de los que empaparon su pañuelo en la sangre del cadalso, están empleados y cobran del gobierno, solo algunos extranjeros van á visitar de tanto en tanto aquellas estrañas reliquias.

M. Widemand me dió un guia, porque despues de haberlo oido contar, queria verlo todo.

La casita está á media legua de Heidelberg, á la izquierda del camino de Calsruhe y á la mitad del camino de la montaña. Tal vez es el

único monumento de esta especie que existe en el mundo.

Por esta anécdota, mejor que por cuanto pudiéramos decirles, podrán juzgar nuestros lectores que clase de hombre era el que ha dejado semejante recuerdo en el pecho de su guardian y de su verdugo.

FIN.